

Autor de bestsellers de *USA Today*

AMY SANDAS

*Él sólo prometía la ruina.
Y entonces ella reclamó su corazón...*

Malvado

~ Serie Rufianes Reformados ~

Malvado

Serie Rufianes Reformados

Amy Sandas

Contenido

[Página del título](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítul Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Epílogo](#)

Prólogo

Londres, 1822

Al final de la tarde de un día muy parecido a cualquier otro triste día londinense, cuatro jóvenes y apuestos caballeros se reunieron en el salón privado más exclusivo del que disponían los huéspedes de la Casa de Placer de Pendragon.

Cada uno procedía de una larga y distinguida línea de riqueza y privilegio. Y, como hacen muchos jóvenes salvajes y temerarios cuando poseen un obscuro exceso de riqueza y poca responsabilidad, se habían familiarizado con el libertinaje, el hedonismo y todos los placeres terrenales que podían descubrir o inventar.

Por eso, gastarse casi una fortuna para reservar una lujosa habitación privada en un burdel de élite no era algo fuera de lo común. Lo que no era común, sin embargo, era el hecho de que aquella tarde los jóvenes rastrilladores no estaban allí para entregarse a los infames placeres que Pendragon les ofrecía. De hecho, los hombres habían indicado expresamente que no deseaban ser molestados.

Era una petición inusual para una casa que contaba con algunas de las más talentosas y tentadoras acompañantes de todo Londres, pero Pendragon sabía bien cómo complacer a sus invitados por muy inesperadas que fueran sus necesidades. Así pues, los ricos y jóvenes señores se quedaron con una baraja de cartas sin abrir, una caja de puros finos y un par de botellas del mejor brandy francés disponible.

Era probable que buscaran más comodidades y distracciones más adelante, pero por el momento, preferían el tipo de conmisericordia melancólica que sólo se podía tener entre amigos íntimos.

No era momento para juergas.

Los caballeros estaban de luto.

El líder de facto de su grupo y heredero de un ducado sacudió su leonada cabeza. Un ceño fruncido manchaba sus elegantes cejas mientras observaba con no poca incredulidad: «No puedo creerlo. ¿Cómo pudo ocurrirle una tragedia así a semejante hombre?».

«Posiblemente andaba escaso de fondos», sugirió el hombre a su izquierda con un ligero acento italiano mientras se recostaba en su silla con gracia felina. «La necesidad de dinero puede ser una carga terrible».

Un murmullo de consideración pasó entre ellos ante la idea antes de que otro de ellos - este el hijo de un conde - se adelantara para apuntar en tono grave: «Hay rumores de que fue un encuentro amoroso».

Más de uno se estremeció.

Todos habían oído hablar de ello en la ciudad. Ninguno de ellos lo creía realmente, pero las palabras seguían provocando un sutil terror. Entonces, el cuarto hombre, un marqués de nuevo cuño, emitió un áspero sonido de burla y todos se relajaron con una carcajada incómoda que se desvaneció rápidamente.

Tras un momento de pesado silencio, el hijo de un duque se enderezó en su silla y levantó su copa. «Un brindis». Hizo una pausa mientras los demás seguían su ejemplo y alzaban sus copas. «Por el vizconde Neville, el pícaro y libertino más consumado que jamás haya merodeado por los salones de baile y burdeles de Londres».

«Que encuentre alguna... gratificación en su nuevo papel de noble esposo.»
«Y que nunca, *nunca* nos sintamos obligados a unirnos a sus filas.»
«Oído, oído», afirmaron todos al unísono antes de levantar sus copas.

Capítulo Uno

Seis Años Más Tarde

Roman Thorne, el marqués de Granville, sostenía su copa a la inestable luz de las velas. «Maldición», exclamo en voz baja, sin molestarse en reprimir su ceno de disgusto, «lo menos que podrian hacer es ofrecer un buen brandy ante un acontecimiento tan tortuoso como este».

«¿Acaso las bodas no son una ceremonia seguida de un desayuno y luego te largas? ¿Quién demonios organiza una celebración que dure todo un fin de semana?», preguntó el duque de Melbourne, uno de los más íntimos amigos de Roman.

El conde Vittori esbozó una sonrisa de desdén y placer a partes iguales. «El padre del novio, obscenamente rico, que quiere que todo el mundo sepa quién tiene la fortuna en esta ecuación marital».

Roman resopló. «Como si esta monstruosidad de castillo no fuese suficiente».

Vittori se encogió de hombros y giró su copa hacia los techos abovedados y las vidrieras. «Me gusta bastante el diseño gótico-medieval».

«Seguro que sí», replicó Roman.

«¿Cómo demonios ha ocurrido esto?», murmuró el duque. Su típica expresión amable era casi taciturna.

Roman levantó una ceja socarrona hacia Melbourne. «Allerton siempre ha sido un romántico. Era sólo cuestión de tiempo hasta que alguien le convenciera de que estaba enamorado».

«¿Es así como lo llaman?», preguntó Vittori, quien sentía una estricta aversión por el más mínimo atisbo de sentimentalismo.

Melbourne tiró de nuevo el licor y se puso en pie al tiempo que recuperaba su buen humor habitual. Nunca había sido de los que se regodeaban en decepciones que no podían controlar. «Bueno, ahora está perdido para nosotros, muchachos, así que podemos bajar y disfrutar de la fiesta de la noche». Su ligera mirada destellaba con intención pícaro. «Al menos las damas son abundantes.»

«No hay nada como una boda para infundir una romántica desesperación en el corazón de una mujer», observó Vittori con una oscura sonrisa mientras también se levantaba.

«Adelante», dijo Roman, todavía concentrado en su brandy. «Enseguida voy».

Melbourne y Vittori intercambiaron rápidas miradas pero no dijeron nada mientras dejaban a Roman en su soledad. Una vez solo, el marqués apagó todas las velas menos una, dejando el estudio en una oscuridad cerrada y silenciosa.

Últimamente estaba de mal humor. Estar en medio de una gran fiesta de bodas no encajaba del todo con su actual estado de ánimo, así que pensaba aprovechar los escasos momentos que tenía para sí mismo. Si hubiera podido elegir, no habría asistido a la absurda celebración.

Pero cuando un amigo de la infancia arroja su libertad al fango nupcial, un caballero - incluso uno tan hastiado y disoluto como el marqués- ofrece el poco apoyo que puede reunir.

Roman se sentó en una silla situada en el rincón más alejado del estudio, apoyó las manos en los curvados reposabrazos y cerró los ojos. La lejana música del salón de baile empezó a desaparecer de su mente. Justo cuando había alcanzado una sensación de tranquila soledad, un

movimiento inesperado llamó su atención.

Abrió los ojos con el ceño fruncido justo a tiempo para ver como una joven vestida con un traje de noche amarillo limón entraba en el estudio, se daba la vuelta y cerraba la puerta tras de sí. Pero no la cerró del todo. Dejó la pesada puerta abierta apenas un resquicio y se mantuvo lo más cerca posible de la delgada abertura, sin que nadie la viera desde el vestíbulo. De espaldas a la habitación, la dama no sabía que no se encontraba sola.

Un caballero como Dios manda habría alertado inmediatamente a la mujer de su presencia.

Roman, por desgracia, no era un caballero. Permaneció en silencio, con la esperanza de que sus asuntos en el estudio terminaran antes de que ella se percatara de su presencia, con lo que la declaración de su presencia en la habitación quedaría superada.

Aunque no podía verle la cara, estaba seguro de que no la reconocería. El amarillo de su vestido contrastaba de forma espectacular con la abundante cabellera oscura que se amontonaba artísticamente sobre su cabeza, con algunos rizos sueltos que rozaban suavemente sus hombros desnudos. Un fajín de satén blanco acentuaba la curva interior de su cintura, mientras que la caída de la falda cubría sus caderas y su sensual trasero.

Definitivamente no conocía a la dama. Una figura deliciosa como esa no era algo que un hombre pudiera olvidar fácilmente. Cualquier posibilidad de que respondiera a la intrusión con nobles intenciones estaba siendo rápidamente superada por inclinaciones de naturaleza más carnal.

Pero entonces la dama respiró rápida y silenciosamente. Se mantuvo rígidamente en silencio mientras se apartaba de la rendija abierta de la puerta.

Un momento después se oyeron voces en el pasillo.

«¿Has visto cómo jadeaba por Lord Westcott?», se mofó una voz femenina.

«¿Por qué se molesta?», preguntó otra dama. «Ella nunca podría atraer a un hombre como él».

«Ni a ningún otro hombre», concluyó la primera.

Las risas siguieron mientras las damas se alejaban por el pasillo. Solo entonces la joven de la puerta soltó un suspiro tembloroso mientras se daba la vuelta. Cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y se llevó las manos a las generosas caderas mientras cerraba la puerta tras de sí.

Era más joven de lo que él había pensado, con las mejillas suaves y el pelo oscuro con raya en medio. Roman se tomó un momento para admirar los generosos pechos de la mujer por encima de un modesto escote antes de notar que su respiración salía entrecortadamente de sus labios entreabiertos. Tenía los ojos cerrados con fuerza, probablemente en un vano intento de no llorar.

«No merecen tus lágrimas».

Sus ojos se abrieron de golpe al oír sus rudas palabras y su suave jadeo llenó el espacio que siguió.

No estaba seguro del color de sus ojos, pero eran pálidos y brillantes cuando la vio al otro lado de la habitación. La yuxtaposición entre la inocencia de su amplia mirada y la exuberante sensualidad de su figura inspiró una reacción instantánea en el cuerpo de Roman.

«Lo siento», murmuró, quitándose apresuradamente una lágrima de la mejilla. «Pensé que la habitación estaba sola».

Su voz era clara y cadenciosa. Otro elemento de contraste frente a la tristeza de su expresión.

«No lo está», respondió Roman.

Las cejas oscuras se inclinaron sobre su mirada frunciendo el ceño. «Sí, ahora me doy cuenta. ¿Quieres irte o lo hago yo?».

Roman aún no se había levantado de la silla como debería haber hecho, si no cuando ella entró, al menos cuando se dio la vuelta. Ahora, el dictado social parecía superfluo. Levantó un pie para apoyar el tobillo en la rodilla opuesta. La reacción física que había provocado sin saberlo aún no se había disipado. «No veo razón para que ocurra ninguna de las dos cosas». Levantó una ceja. «Supongo que las arpías del pasillo hablaban de ti».

Un pesado suspiro levantó sus pechos. «Por supuesto».

La angustia emocional de la chica no debería haber sido nada para él, pero algo en su tono derrotado resonaba con su estado de ánimo actual. «¿Y crees que esconderte es la mejor manera de responder?».

Un hombro suave se levantó y cayó. «¿Y qué otra cosa podía hacer?»

«Enfréntate a ellos».

Ella se rió, pero no era un sonido de humor. «Debes estar bromeando. Cualquier cosa que dijera o hiciera sólo serviría para atormentarme más. Créeme, he aprendido que mi única opción es evadir sus miradas lo mejor que pueda».

«Y eso es una mierda».

Sus ojos se abrieron de par en par ante su cruda réplica. Se puso un poco más recta contra la pared. «¿Cómo dices?»

Roman había sufrido bastante acoso escolar. Los perpetradores siempre habían sido cobardes que sólo atacaban a chicos que sabían que no se defenderían. «La mejor forma de detener sus lenguas viciosas es demostrarles que se equivocan».

Cruzó los brazos sobre el pecho en un gesto que era en parte protector y en parte desafiante. «Qué concepto tan esclarecedor», respondió con un notable rastro de sarcasmo. «¿Cómo demonios iba a hacerlo?».

Roman se encogió de hombros. «Gánate el afecto de Lord Westcott».

Ella emitió un extraño sonido ahogado. «¿Ganármelo? ¿Ganar el afecto de Lord Westcott?», preguntó incrédula antes de no poder contener la risa por más tiempo. La carcajada brotó de sus labios en un delicioso arrebató de genuino humor antes de que se tapara la boca con la mano en un intento de ahogar el cadencioso sonido. Cuando consiguió recuperar el aliento, sacudió la cabeza y murmuró: «Me he encerrado en el estudio con un lunático».

«No le veo la gracia a la sugerencia», observó Roman bruscamente.

Abrió los brazos y se miró a sí misma. «Mírame».

Roman apretó la mandíbula mientras recorría con la mirada su hermosa figura. «Lo soy», contestó con fuerza.

Ella bajó la mirada.

¿Había ella detectado la oscura capa de deseo en su voz? Ocultar su interés sensual no era algo que estuviera acostumbrado a hacer y dudaba que se le diera muy bien.

Su respuesta fue vacilante mientras explicaba: «No soy de las que atraen la atención de un hombre como él».

¿Acaso Westcott estaba ciego? Comprendía que a algunos caballeros les gustaran las mujeres de figura esbelta, pero no podía entender que un hombre despreciara la exuberante sensualidad de la mujer que tenía delante.

«¿Por qué no?»

«Porque yo soy yo y él es... perfecto».

Roman soltó un áspero bufido. No conocía a Lord Westcott, pero podía garantizar que el hombre no era perfecto. «Es un hombre, mascota, igual que cualquier otro».

Se le frunció el ceño ante el condescendiente apelativo. «Me atrevería a decir que es mejor que la mayoría», argumentó con énfasis.

Él enarcó una ceja. «¿Tanto lo deseas? La habitación estaba demasiado oscura para verla sonrojarse, pero Roman habría apostado cualquier cosa a que sus mejillas se habían sonrosado. No estaba seguro de por qué había continuado conversando con aquella imbécil durante tanto tiempo, pero ahora que lo había hecho, más le valía terminar. «¿Puedo darte un consejo?»

Su expresión era cautelosa. «Supongo».

«La forma más eficaz de conseguir que un hombre desee algo es convencerle de que no puede tenerlo».

«Eso carece de sentido», declaró con una inclinación de su oscura cabeza.

«Dale celos», aclaró Roman. «Cuando te vea del brazo de otro, se preguntará qué se está perdiendo».

Ella arrugó las cejas ante su sugerencia y él pudo ver que quería discutir, pero justo cuando abría la boca, se detuvo. Entrecerró la mirada pensativa y extendió la punta de la lengua hasta tocar el centro del labio superior.

Roman se tensó ante la repentina excitación que sintió en su interior.

Como devoto rufián, Roman estaba totalmente comprometido con la maldad y los excesos, especialmente en lo que se refería a las actividades sexuales. Pero nunca se había sentido atraído por las jóvenes puras. De hecho, la inocencia siempre había sido algo a evitar. Sus preferencias se inclinaban hacia compañeras experimentadas que disfrutaran de toda la gama de lo que podía explorarse en el juego sexual.

Esta mujer, sin embargo, le tentaba más que nadie desde que era joven y ansioso de experiencia. Y ni siquiera se daba cuenta de que lo estaba haciendo.

«¿Generarle celos?», preguntó con curiosidad. «¿Realmente podría funcionar?»

«Ha funcionado con muchos pobres tontos en el pasado».

«¿Lo sabes por experiencia?», le preguntó.

«Por supuesto que no.»

Roman esperó mientras ella parecía darle vueltas a la idea. Deseó que siguiera su consejo y se marchara. Cuanto antes se fuera, antes podría reunirse con el grupo y encontrar una hembra adecuada con la que saciar su hambre repentina.

Finalmente, ella asintió con la cabeza. «De acuerdo», dijo. «¿Cómo empezamos?»

Roman tosió. «No haremos nada. Estoy seguro de que en el salón de baile hay una gran variedad de jóvenes que estarían dispuestos a hacer el papel de galán embelesado».

Ella lo miró con pesar. «Si así fuera, ¿crees que me escondería en este estudio contigo?».

Se puso en pie. No iba a involucrarse más en esta situación. Había sido un terrible error involucrarse en primer lugar. «Ese es un problema que tendrás que resolver por tu cuenta».

Ella se tensó, extendiendo las manos contra la puerta mientras apoyaba la espalda en su superficie. La posición levantó sus hermosos pechos e hizo que su barbilla se inclinara hacia arriba en señal de desafío.

«No creo que lo entiendas», dijo, con un destello de luz en la mirada. «Me he pasado los dos últimos años siendo objeto de burlas o ignorada, en el mejor de los casos». Hizo una pausa y respiró hondo. «Estoy harta. No quiero esconderme. Quiero que me vean y me admiren. Quiero tener amigos y sentir que alguien, en algún lugar, realmente quiere conocerme. Mi verdadero yo, no la persona que todos han decidido que soy».

Cuando terminó de hablar, su color se había intensificado y su voz se había agudizado por la emoción, hasta que respiraba con dificultad dentro de los estrictos límites de su corsé.

La pasión de su voz, su expresión y la tensión de su cuerpo eran innegablemente conmovedoras. Tan excitante que Roman estuvo tentado de dirigir sus pasiones hacia una búsqueda más placentera.

Pero ella no era para él.

También tenía razón.

Merecía algo mejor de la alta sociedad londinense. Por desgracia, no era probable que lo consiguiera. La sociedad estaba jerarquizada y una vez que se había establecido la posición en el escalafón, por injusta que fuera, había pocas posibilidades de cambiarla.

«No puedo ayudarte», contestó finalmente, su tono bajo y firme mientras cruzaba la habitación con toda la intención de marcharse.

Aún así, ella no se movió de su lugar frente a la puerta. Con descaro, se apoyó más firmemente en ella, como si pudiera impedir que él se marchara si así lo decidía.

Se detuvo, todavía a un par de pasos de ella. Con minuciosa atención, la recorrió con la mirada desde la punta de los resbaladizos dedos de sus pies, que asomaban bajo el dobladillo del vestido amarillo limón, hasta la coronilla. Su mirada se detuvo en las curvas de sus caderas y su estrecha cintura, y de nuevo en los pechos, que se apretaban contra el corpiño y cuya suave turgencia superior creaba una hermosa sombra en la hendidura que los separaba.

Su cuerpo se tensó con el feroz deseo de deslizar la boca sobre aquella piel intacta y sentir su sedosa suavidad bajo la lengua.

Con el ceño tan fruncido como pudo, dirigió su mirada hacia la de ella. «Me confundes con otro tipo de hombre si piensas convertirme en tu peón».

Ella abrió mucho los ojos y respiró entrecortadamente. No sabía si era por su mirada acalorada o por la amenaza en su voz, pero aun así, ella no se apartó de la puerta.

Roman dio un paso hacia ella. Lentamente. «Lo único que conseguirías si te vieran conmigo es crear un escándalo. ¿Es eso lo que quieres, pequeña mascota? ¿Arruinarme?», preguntó con voz cargada de tensión.

«No te pido que me arruines», respondió ella, bajando la voz para igualarla a la de él. «Sólo que hables conmigo. A la vista de los demás».

Ahora que estaba lo suficientemente cerca, Roman notó que sus ojos eran una ligera variación del color avellana. Puros y brillantes, como un topacio color champán. Deslizó la mirada por la curva de su mejilla, luego por la línea de su mandíbula y por el lateral de su cuello hasta su hombro desnudo. «Aunque lo consiguiera -continuó en tono despreocupado-, nadie creería que se trata de una charla inofensiva. Asumirían que pretendo acostarme contigo o que ya te tengo entre mis piernas».

Su jadeo fue suave y apenas perceptible.

Su intención era escandalizarla, demostrarle lo equivocada que estaba al pensar que él la ayudaría en su plan.

Pero cuando volvió a mirarla, vio algo inesperado en sus ojos.

Mezclada con su frustración y su cautelosa inquietud, había una chispa fresca y brillante de deseo.

Capítulo Dos

Haylie Dellacourt contuvo la respiración, pero eso no impidió que su corazón latiera como el galopar de unos cascos contra sus costillas.

Una chica inteligente habría huido de la habitación en cuanto se hubiera dado cuenta de que de repente se encontraba a solas con el marqués de Granville, uno de los más infames e impenitentes rufianes de toda Inglaterra.

Sin embargo, Haylie había estado mas aterrorizada por las jóvenes damas del salón que por el hombre que descansaba decadente en una esquina de la oscura habitación, mirándola fijamente con una mirada negra y melancólica.

No era guapo en un sentido realmente estético, con esos ángulos duros y masculinos de su rostro, el negro oscuro y casi desalmado de su mirada y el giro sardónico de sus labios. Su atractivo era algo más profundo que su apariencia. Era un hilo de conocimiento y una cualidad intocable que, incluso en su falta de experiencia, Haylie comprendía que era peligrosa para el corazón femenino.

Aunque habían pasado años desde la última vez que lo había visto de niña, lo había reconocido de inmediato. En ese momento, sin embargo, se dio cuenta de su error al pensar que sólo porque el marqués había sido amigo de su hermano años atrás durante la escuela, de alguna manera encontraría en sí mismo la forma de hacerse amigo de ella también.

Estúpida.

Pero no iba a desistir ahora, aunque él intentara asustarla con ridículas habladurías sobre la ruina. Nadie en el salón de baile creería lo que él insinuaba tan crudamente. Ella estaba muy consciente de que no era el tipo de chica que inspiraba el comportamiento notorio de un rufián peligroso, por lo que su estratagema actual estaba perdida para ella.

Bueno, casi perdida. Aunque sabía que se trataba de una farsa, no pudo evitar que su cuerpo reaccionara a sus ásperas palabras, su mirada acalorada y su proximidad impropia. Todo en su interior parecía a punto de derretirse, incluido el cerebro.

«¿Es eso lo que quieres?», le preguntó sombríamente, y Haylie tuvo que pensar mucho para recordar sus últimas palabras.

No quería la ruina, pero ¿podía aceptar la posibilidad?

Por supuesto que sí.

No por Lord Westcott, sino por sí misma. Estaba terriblemente cansada de ser la gordita alhelí con la que nadie quería bailar, y el marqués le había ofrecido una solución. En el momento en que la vieran de su brazo, la gente tendría que empezar a verla con otros ojos. La gente que la había despreciado en todo momento empezaría a preguntarse por ella. Alguien podría incluso ser instado a venir y hablar con ella. Y si ese alguien podía ser Lord Westcott, Haylie estaba segura de que otros la seguirían.

Se encontró con su mirada y respondió con seguridad. «Dudo que la ruina pueda ser peor que ser una irremediable gordita alhelí».

«Sería mucho peor», afirmó. «Créeme».

«No me importa, porque un simple baile no puede arruinar a una chica», argumentó ella. «Permíteme sólo uno para probar tu teoría. Después, te juro que no volveré a molestarte».

Se acercó tanto que ella tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para mantener el contacto visual. Tan cerca que sus faldas rozaron sus piernas y ella pudo percibir el suave aroma a madera

de cedro que emanaba de su abrigo.

Cuando habló, su voz tenía un tono áspero, semejante a la ira, aunque sus ojos no mostraban emoción alguna. «No hagas una promesa que no podrás cumplir», murmuró. «Hazte a un lado».

El cuerpo de Haylie se balanceó por sí solo. El instinto la instó a hacer lo que él decía.

Pero algo más en su interior -algo rebelde que estaba harto de ser el blanco de burlas groseras si no la ignoraban por completo- estaba desesperado por mantenerse firme.

Apenas se puso rígida y levantó la barbilla, sintió que sus grandes manos la agarraban firmemente por la cintura. De sus labios escapó medio grito ahogado, medio chillido, cuando él la levantó en el aire y se volvió para dejarla a un metro de donde acababa de estar.

Estaba tan aturrida por el repentino movimiento y la facilidad con la que él lo había hecho que apenas tuvo un momento para darse cuenta de la calidez y la fuerza de sus manos, o del repentino resplandor de calor en su mirada oscura, o de la forma en que habían estado casi nariz con nariz y pecho con pecho durante una fracción de segundo antes de que él abriera la puerta del estudio y la atravesara, cerrándola tras de sí con un sonoro chasquido.

Haylie se quedó donde él la había dejado, parpadeando, sorprendida.

Sin embargo, un pequeño cosquilleo la recorrió, le hizo doblar los dedos de los pies y le aceleró el ritmo cardíaco. Acababa de hacer algo que la mayoría de las mujeres sólo susurraban en acalorados suspiros detrás de ventiladores en rincones apartados.

Había estado sola en una habitación con el infame marqués de Granville.

Su mirada sardónica y sus modales oscuramente sensuales eran todo lo que se rumoreaba que eran. Incluso mientras él la advertía, ella se sintió atraída. La riqueza de su voz, la intención con que la había mirado, el breve y embriagador contacto de sus manos con su persona. Haylie no dudaba de que su reputación de pícaro estaba bien ganada.

Respiró hondo, cruzó los brazos sobre el pecho y frunció los labios, pensativa.

Teniendo en cuenta que todo lo que hacía el marqués tendía a llamar la atención y a dar que hablar, su sugerencia de intentar llamar la atención de lord Westcott sin duda tenía mérito. Si al menos no se opusiera tanto a ayudarla.

No podía pedirle a ninguno de los otros caballeros que conocía que participaran en la farsa sugerida por el marqués. Podía imaginarse cómo sería esa incómoda conversación. Una completa humillación.

Sin embargo, el marqués era conocido por su comportamiento audaz y de mala reputación. A Haylie le costaba creer que tuviera verdaderos celos ante el riesgo potencial de arruinarle la reputación. Un simple baile con el escandaloso marqués seguramente no haría mucho más que atraer algunas miradas hacia ella y tal vez suscitar algunas especulaciones.

Cuando era pequeña y soñaba con su debut, nunca hubiera imaginado que resbalar en un charco de ponche derramado destrozaría su vida social. Desgraciadamente, su figura redondeada y el hecho de que acabara desparramada sobre una elaborada mesa de bufé habían bastado para provocar las burlas de sus compañeros.

Al instante se había convertido en una indeseable. Cuanto más la evitaban, más torpe se había vuelto en sus intentos de hacer amigos, hasta que llegó un punto en que ninguna de las otras jóvenes se relacionaba con ella y los caballeros mantenían fríamente las distancias. Así fue durante toda su primera temporada y así continuó durante la segunda.

Hasta la semana pasada, cuando lord Westcott le sonrió brevemente al pasar.

Era uno de los solteros más codiciados de Londres, extremadamente popular entre damas, caballeros y matronas por igual. Si lograba ganarse su favor, aunque fuese solo fugazmente,

podría cambiar las tornas del resto de la alta sociedad, lo que le permitiría finalmente superar su desastroso debut.

Su mirada se entrecerró. Después de acechar la puerta cerrada, agarró el picaporte con decisión.

Un baile.

Era todo lo que necesitaba.

Haylie mantuvo la cabeza erguida y el paso tranquilo mientras recorría el pasillo hasta el salón de baile situado en el extremo opuesto. Pero una vez en la amplia entrada arqueada, se le revolvió el estómago y sus pasos vacilaron.

El salón de baile era un caos. La pista de baile estaba abarrotada de bailarines, mientras más invitados rodeaban los bordes exteriores de la sala en un flujo constante de tráfico peatonal bidireccional. Haylie se inclinó instintivamente hacia la pared, donde al menos podría recuperar el aliento. Poniéndose de puntillas, trató de escudriñar a la multitud en busca de un hombre alto de pelo oscuro y ojos negros profundos con el ceño fruncido. Al cabo de un momento, se dio cuenta de que no tendría suerte si no se movía de ese lugar.

Intentando no lucir tan desesperada como se sentía, comenzó a rodear la pista de baile, dirigiendo su atención de los bailarines a su izquierda a los grupos de invitados a su derecha. Tardó más de una hora en dar una vuelta completa. Cuando llegó de nuevo a la entrada, se dio cuenta de que Granville no estaba en el salón. O si estaba, había muy pocas posibilidades de encontrarlo.

Sintiéndose derrotada, encontró un lugar desocupado a lo largo de la pared.

Era una tonta si pensaba que podría convencer a un hombre como Granville para que hiciera lo que ella quisiera. Y probablemente era aún más tonta al pensar que Lord Westcott se dejaría convencer al ver a otro hombre prestándole atención.

Era una idea estúpida que nunca debería haber tenido.

Súbitamente, lo único que deseaba era abandonar la fiesta. Pero como su prima era la novia que estaba siendo honrada con esta celebración de boda exagerada, estaba obligada a quedarse, lo que significaba dos días más de eventos tortuosos como este.

«Mi querida señorita Dellacourt.»

A Haylie se le cayó el estómago y resistió el impulso de cerrar los ojos ante este nuevo desafío a su fortaleza. En su lugar, puso una cuidadosa sonrisa en sus labios mientras se giraba para ver a su mayor némesis social acercándose del brazo de Lord Reynaud.

La señorita Eleanor Brighton-Smith era una criatura encantadora, de cabello rubio y rizado, ojos de un azul intenso y una figura esbelta que recordaba a la de un saucisson joven. Su expresión era de leve preocupación.

«Hola», respondió Haylie amablemente, aunque sus músculos se tensaron.

«Aparentemente estás angustiada», observó la otra mujer con suavidad. «¿Has perdido el camino a la mesa del buffet?»

Capítulo Tres

Al otro lado del salón de baile, Roman notó cómo el rubor de la vergüenza y la ira reprimida coloreaban las suaves mejillas de la joven. Estaba demasiado lejos para escuchar lo que la delgada rubia había dicho, pero estaba seguro de que no era un cumplido. Esperó a que el caballero interviniera con alguna defensa caballerosa. En lugar de eso, el joven se inclinó para susurrarle algo a su elegante acompañante, provocando la risa de ella antes de que ambos siguieran su camino.

¿Pero qué demonios?

No solía moverse en círculos tan educados, pero ¿no se suponía que eso era lo que debían ser? ¿Cortesés?

Desde donde estaba, apoyado en el marco de la puerta, justo dentro de la pequeña sala de fumadores situada junto al salón de baile, tenía una visión clara de la mujer morena vestida de amarillo que acababa de pasar más de una hora dando vueltas por el salón. Durante su largo paseo habían comenzado varios bailes y ni una sola vez se le había acercado una pareja.

De hecho, nadie se le había acercado.

Eso le molestaba. Lo suficiente como para seguir observando y preguntándose dónde estaba el acompañante de la chica. O su padrino. ¿No se suponía que las debutantes debían tener una madre sobreprotectora o una tía mayor a su lado guiándolas por las aguas de la sociedad? ¿Y un pariente masculino al acecho dispuesto a defender su honor?

Al parecer, la joven estaba sola.

Pero, eso no era asunto suyo.

No debería importarle que, a pesar de su evidente humillación, permaneciera donde estaba, enfrentándose valientemente a sus torturadores. Especialmente no debería significar nada para él cuando ella respiró hondo y levantó la barbilla con una sonrisa tentativa y esperanzada mientras otro grupo de jóvenes pasaba a su lado sin siquiera dedicarle una mirada.

En última instancia, todo se reducía al hecho de que había que hacer algo con aquella desdichada situación y, puesto que nadie más iba a intervenir, tendría que ser él. Después de apagar el cigarrillo en el cenicero, Roman abandonó la sala de fumadores a grandes zancadas, ignorando a los que se cruzaban con él igual que todos la habían ignorado a ella.

Sabía que su aparición en el salón de baile probablemente causaría a las matronas de sociedad un pequeño shock, pero sinceramente no le importaba. A diferencia de la joven a la que se acercaba con un único propósito, a él no le importaba en absoluto lo que la alta sociedad pensara de él, que era exactamente por lo que era la última persona que ella necesitaba.

Demasiado tarde.

Habiendo notado el revuelo que causó al acercarse, la joven se volvió hacia él con esos grandes y hermosos ojos suyos. Sus labios carnosos se entreabrieron con sorpresa, haciendo que una chispa se encendiera en su sangre, una chispa distintiva de ella que se estaba volviendo inquietantemente familiar.

Al detenerse, Roman no pudo disimular su habitual ceño fruncido, pero hizo una breve reverencia mientras le tendía la mano. «Creo que este baile me pertenece».

Sus pupilas se dilataron mientras lanzaba una mirada frenética a un lado y luego a otro antes de volver a mirarle atónita.

Roman enarcó una ceja. «A menos que hayas recobrado el sentido común», añadió en un

tono más bajo, sólo para sus oídos. «Estate muy segura de tu respuesta. No puedo garantizar los resultados de esta farsa».

«No», se apresuró a decir. «Quiero decir, sí. Puso la mano en la suya y se acercó a él. Sus faldas se arremolinaron en torno a sus pies mientras levantaba la barbilla para mirarle. «Gracias», susurró.

Acomodando su mano en el pliegue de su codo, la condujo a la pista de baile, dándose cuenta demasiado tarde de que la banda había tocado un vals. Un baile country se habría adaptado perfectamente a su propósito, pero ahora tendría que soportar el tormento añadido de tener su calor y suavidad prácticamente apretados contra él durante toda la canción.

En cuanto llegaron al borde de los bailarines, se giró hacia ella. Levantó una de sus manos hasta su posición, deslizó la otra alrededor de la columna encorsetada de su cintura en una decadente auto-tortura antes de deslizarla por el centro de su columna hasta la posición adecuada.

Demasiado tarde, se dio cuenta de que nunca se había puesto los guantes después de salir de la sala de fumadores, lo que significaba que su pulgar y su índice se deslizaban por la piel desnuda de la parte superior de la espalda de ella. Su cuerpo se tensó en una deliciosa expectación cuando él presionó su mano entre los omóplatos de ella y la guió hacia el primer paso.

Ella se movió con gracia a sus órdenes, receptiva y confiada. Mantenía una postura encantadora, daba pasos ligeros y perfectamente acompañados a la música. El baile transcurrió sin esfuerzo, lo que dio a Roman demasiado tiempo y oportunidad para fijarse en otros detalles de la mujer que tenía entre sus brazos.

En primer lugar, que su piel se sentía como la seda bajo su tacto. También, que el rosa aún no había abandonado sus mejillas. Y por último, que se había negado a mirarle desde que iniciaron el vals.

«¿Estás llena de arrepentimiento ya, cariño?»

Su barbilla se levantó de inmediato y sus pálidos y brillantes ojos se encontraron con los de él. «En absoluto, milord. Hace mucho tiempo que no bailo. Había olvidado lo mucho que me gusta».

Un inesperado destello de ira apretó con fuerza los dedos de ella.

Luego sonrió. «Supongo que bailas todo el tiempo», sugirió suavemente.

«No, nunca bailo».

Su sorpresa fue genuina. «Pero se te da muy bien».

«Hay otras cosas que prefiero hacer cuando tengo a una mujer entre mis brazos».

Sus mejillas se colorearon, pero ella no apartó la mirada de él. Ni siquiera estaba seguro de por qué había dicho algo tan sugerente. Tal vez quería ver su reacción a la insinuación. O tal vez sólo quería recordarle el riesgo que corría al solicitarle su ayuda.

«Parece que aprecia su mala reputación, milord», observó con una ligera inclinación de su oscura cabeza.

Él no refutó la observación. «¿Cómo sabes quién soy?», preguntó. «No nos movemos exactamente en los mismos círculos».

«Tú y mi hermano erais amigos en el colegio. Te conocí cuando viniste con él de vacaciones un año». Sus pestañas se agitaron sobre su mirada. «Probablemente no recuerdes nuestra breve presentación desde que yo era sólo una niña pequeña».

Roman frunció el ceño. Una sensación de pesadez se instaló en sus entrañas. Pocas veces había ido de vacaciones a otro lugar que no fuera su casa. «¿Quién es tu hermano?»

«James Dellacourt. Me llamo Haylie Dellacourt».

Una maldición se deslizó de su garganta.

Sus ojos se abrieron de par en par ante la palabra que ningún caballero usaría jamás en presencia de una dama, pero no se apartó ni perdió un paso.

Roman la miró, asombrado por las fatídicas circunstancias que habían puesto a esta mujer en sus brazos esa noche. Su voz estaba plomiza por los pecados cometidos tiempo atrás cuando dijo: «Comprendes que tu hermano me odia».

Ella ladeó la cabeza y lo miró con curiosidad. «Sé que no han estado tan unidos como antes, pero dudo mucho que James te odie. No me lo imagino sintiendo una emoción tan fuerte por nada».

La sonrisa de Roman era rigurosamente sardónica. «Créeme. Probablemente preferiría verme muerto que bailando con su hermana».

Lo estudió durante un momento, con el suave brillo dorado de sus ojos, antes de encogerse de hombros despreocupadamente y mirar a un lado. «Entonces es bueno que no se encuentre aquí».

Roman bajó las cejas. «¿No te acompañó?»

Ella resopló. «James nunca me ha acompañado a ningún sitio. Si no tiene que ver con sus caballos o sus sabuesos, no se molesta en interesarse por ello».

La descripción encajaba con el chico que Roman había conocido una vez y con el que contaba como amigo. «¿Y tus padres?»

«Ambos murieron justo después de que James dejara la universidad. En cuanto pudo, James me envió a vivir con nuestra anciana tía en Londres». Su voz bajó un poco. «Por educación y decoro, afirmó. Pero yo sabía que era para tener la libertad de vagar por la finca sin una niña que requiriera su atención».

Aunque sus palabras eran neutras, el dolor por el rechazo de su hermano era evidente en el tono de su voz. La mujer era demasiado expresiva. También lo había notado en el estudio, cómo sus emociones brillaban a través de sus ojos y coloreaban su forma de hablar. No era de extrañar que los de la alta sociedad la consideraran un blanco fácil. No tenía armadura contra ellos.

Suspiró profundamente y esbozó una sonrisa. «No me importaba, la verdad. Tengo mucha más independencia de la que me habría permitido bajo la supervisión de James. Me gusta Londres y la tía Bethany es... encantadora», dijo en un tono demasiado alegre mientras miraba a una mujer de edad avanzada que cabeceaba en una silla de la esquina entre las otras ancianas acompañantes.

«Hmm», reconoció Roman. La chica podía llamarlo independencia o lo que quisiera, pero él veía la verdad. Se sentía sola y, teniendo en cuenta su vitalidad natural, probablemente aburrida. No era de extrañar que quisiera aprovechar al máximo su tiempo en sociedad. «¿Dónde está Lord Westcott?»

Ella parpadeó. «¿Por qué?»

«Si esperas ponerlo celoso, vamos a tener que asegurarnos de que nos vea».

Sus mejillas se tiñeron de rosa. «Por supuesto.

Roman bajó las cejas. «¿Olvidaste el propósito de este baile?».

Ella negó con la cabeza. «No, en absoluto».

Mientras él la guiaba a través de una serie de amplios giros alrededor del perímetro de la pista de baile, ella se puso de puntillas para observar a la multitud. La punta de su lengua rozó brevemente su labio superior y Roman tuvo que resistirse al deseo de estrecharla más contra él.

«Yo no... No, espera. Sí, ahí está, hablando con los dos hombres junto a la maceta con el

enorme helecho».

Roman miró en la dirección que ella le indicaba y vio a un trío de jóvenes caballeros muy correctos, con posturas impecables, guantes inmaculados y el pelo recogido a la altura de la frente. Deslumbrantes, arrogantes, perfectos.

Uno de los hombres, delgado y rubio, levantó la vista cuando pasaron.

La señorita Dellacourt lanzó un grito ahogado y su mano se aferró con más fuerza a la de él. «Dios mío, nos ha visto».

«Esa era la cuestión», respondió Roman secamente. «Ahora, míreme, señorita Dellacourt. No queremos que nadie sospeche que este baile es sólo un espectáculo».

La dulce e inexperta muchacha hizo exactamente lo que él le ordenaba, y sus grandes ojos se ablandaron al clavarlos en los suyos. Había una razón por la que Roman nunca había deseado seducir a una inocente. Su confianza ciega era demasiado desconcertante. Prefería mujeres tan hastiadas como él.

Sin falsas expectativas. Sin daños cuando la noche terminaba.

Pero al abrazar a la señorita Dellacourt -sentir la calidez de su cuerpo bajo su palma, oír la rapidez de su respiración fluyendo de sus labios entreabiertos- Roman experimentó el más irremediable anhelo de saborear la inocencia que sabía que no podría ser suya.

Era inquietante.

Volvían en círculos hacia el lugar donde habían visto a lord Westcott y sus elegantes compinches. Roman miró por encima de su cabeza y se dio cuenta de que los jóvenes seguían charlando en voz baja, pero su caballero rubio levantó la vista cuando se acercaron, su mirada se posó en la señorita Dellacourt como si hubiera estado esperando a que reapareciera.

Parecía que el señor ya estaba al tanto de la presencia de la chica. Si Roman tuviera que arriesgarse a adivinar, el hombre le había echado el ojo desde hacía tiempo.

Entonces, ¿por qué demonios no se había acercado a ella?

«¿Por qué Westcott?»

Su pregunta pareció sorprenderla mientras parpadeaba y miraba disimuladamente hacia el caballero en cuestión, que rápidamente redirigió la mirada de nuevo hacia sus amigos.

«Me sonrió una vez», respondió finalmente.

La ira se le encendió bajo la piel. ¿De verdad habían tratado tan mal a la chica como para que una sonrisa le granjeara tanta estima?

Siempre había odiado la forma en que algunas personas podían ser ridiculizadas por sus compañeros. Y no podía entender por qué la señorita Dellacourt había caído en ese papel. Por lo que había podido averiguar en muy poco tiempo, era inteligente, decidida y hermosa de una manera que sólo a ella le pertenecía.

Volvió a mirarle y sonrió de puro placer mientras seguían dando las elegantes vueltas del vals.

Roman sintió que algo se desencajaba en su interior, como un tirón brusco y repentino seguido de una rápida liberación.

Podría haber sido la forma en que sus ojos se suavizaban en su evidente placer por el baile, la sensualidad inherente en la forma en que sus movimientos reflejaban los de él tan perfectamente, su sutil aroma femenino que flotaba en su piel, su inocencia, optimismo, pasión... o cualquier número de cosas.

En última instancia, no importaba. Le había advertido que no recurriera a su ayuda. Le había dicho que no era el hombre adecuado para esa tarea.

Pero había sido incapaz de resistir la mirada rota de sus ojos cuando se quedó sola en el

salón de baile. Como tampoco pudo resistir ahora el impulso de llevar el momento un poco más lejos.

Sabiendo que no debía hacerlo, que corría el riesgo de que ocurriera lo mismo que le había advertido a ella, Roman la acercó al girar. No tanto como para provocar un escándalo instantáneo, pero lo suficiente como para sentir la repentina tensión en su cuerpo.

Ella soltó un grito ahogado ante la inesperada proximidad, haciendo que sus pechos se elevaran deliciosamente bajo la acalorada mirada de Roman.

Una reacción tan ingenua. ¿Qué haría falta para arrancarle un gemido gutural? ¿Podría hacerla estremecer?

Bajando la cabeza junto a la de ella, susurró en voz baja, con un aliento ronco que agitó los finos mechones de pelo que se enroscaban en el lateral de su cuello: ¿Qué quieres que haga en beneficio de tu precioso Westcott? ¿Debo murmurar palabras de seducción para que tus mejillas se ruboricen?».

Su cálido aliento le acarició la garganta y sus dedos revolotearon entre los de él, pero no respondió.

Estaba tan receptiva. Su cuerpo se había compenetrado perfectamente con el suyo mientras bailaban el vals y él podía sentir que su conciencia se extendía hacia él.

Deseoso de sentir un poco más, le bajó la palma de la mano por la espalda hasta el pliegue más estrecho de la columna, justo por encima de las nalgas, y la acercó un centímetro más. «¿Te toco de una forma demasiado familiar?».

Un sonido suave salió de sus labios antes de que aspirara y contuviera el aliento, como si esperara lo que él haría a continuación.

Pero él no podía hacer lo que deseaba: tomar aquellos labios para sí. No podía tirar del escote de su corpiño para liberar los globos llenos y cremosos de sus pechos. Y, por supuesto, no podía levantarle las faldas y enterrarse en su suavidad, como de repente su cuerpo deseaba.

Aquel no era el lugar adecuado. Y él tampoco era el hombre adecuado.

Su estómago se apretó con fuerza, pero sus labios se movieron suavemente contra la concha de su oreja mientras susurraba: «Ya no hay vuelta atrás. Espero que haya merecido la pena».

Luego la levantó del suelo y, en pocos pasos, la depositó junto a su tía abuela, que seguía roncando suavemente a pesar del repentino revuelo que había provocado su llegada. Con una última mirada sombría a la inocente e intrépida señorita Dellacourt, Roman regresó entre la multitud.

* * *

No la perdió de vista durante las horas siguientes, aunque desde una distancia considerable.

Los resultados del baile no deberían haberle importado en absoluto, pero teniendo en cuenta su comportamiento poco caballeroso, decidió que sería mejor asegurarse de que su atención no provocara la ruina de la que le había advertido.

Habían pasado menos de cinco minutos desde que la dejara con su chaperona cuando un joven se le acercó para bailar. Ella aceptó con una expresión de sorpresa y gratitud.

Le daba a esa gente demasiado poder sobre ella.

A medida que avanzaba la noche, algunos caballeros más se acercaron para pedirle su compañía en la pista de baile y para pasear hasta la mesa de refrescos.

Aunque Westcott aún no se había acercado a ella, teniendo en cuenta la frecuencia con que el hombre la seguía con la mirada, parecía sólo cuestión de tiempo que lo hiciera.

Cuando Roman fue en busca de Melbourne y Vittori, éstos ya se habían marchado en busca de placeres más personales. En cualquier otra noche, Roman habría encontrado una hembra dispuesta a llevársela a la cama.

Pero no esta noche.

Sus pensamientos estaban demasiado consumidos por una mujer en particular. Una mujer que probablemente se escandalizaría al descubrir que se había convertido en el centro de sus fantasías sexuales.

Sentado a solas en su dormitorio a oscuras, Roman no podía dejar de imaginar la forma y la flexibilidad del cuerpo de la señorita Dellacourt sin las líneas de su rígido corsé. Se torturaba a sí mismo con visiones de sus pechos pálidos desbordando sus manos, sus muslos cremosos abriéndose mientras él hurgaba entre ellos para saborear su inocencia en su lengua, y su culo redondo y lleno rebotando contra él mientras la tomaba por detrás.

El alto noble era caprichoso y egoísta, y desde luego no la merecía, pero estaba completamente seguro de que no se merecía el deseo disoluto que, sin saberlo, le había inspirado.

Se negó a aliviar el hambre sexual que rugía en su sangre. Casi había amanecido cuando consiguió finalmente conciliar el sueño.

Capítulo Cuatro

El siguiente día fue cálido y soleado.

La mayoría de los invitados se habían marchado a Londres o a sus propias fincas esa misma mañana. Menos de veinte familiares y amigos íntimos de los novios se quedaron el resto del fin de semana. Se habían organizado diversas actividades para mantener ocupados a los invitados, y el evento principal de hoy era un paseo por el campo hasta las ruinas de un antiguo fuerte enclavado en la espesura de la finca.

Haylie se mostró optimista al bajar los escalones de piedra que conducían al patio de grava situado frente a la mansión. La belleza del día y la encantadora velada que había tenido la noche anterior -había recibido no menos de cuatro ofertas para bailar, además de la de Granville- sugerían que las cosas por fin podrían haber cambiado para ella.

Más de una docena de personas se habían reunido fuera para la excursión. Los caballeros -vestidos con pantalones y abrigos oscuros- charlaban alegremente con las damas, todas ellas encantadoras con sus vestidos de paseo y sus sombreros de ala ancha.

Un rápido vistazo reveló que el marqués no se encontraba presente y supuso que había aprovechado la primera oportunidad para regresar a las diversiones de Londres.

Ignoró el extraño sentimiento de decepción que le produjo su ausencia y volvió a pasar revista a los invitados en busca de un elegante caballero de cabello pálido y sonrisa encantadora. Vio a Westcott con su habitual grupo de amigos a un lado. Esperó a ver si él volteaba a verla, pero nunca lo hizo y, después de un rato, su mirada comenzó a sentirse incómoda.

Desvió la mirada justo a tiempo para ver la sonrisa cómplice de la señorita Brighton-Smith antes de que la otra dama se diera la vuelta.

Maravilloso.

Antes de que Haylie pudiera preocuparse demasiado por el nuevo insulto que la señorita Brighton-Smith podría estar conjurando, se dio la señal para que comenzara la procesión.

Haylie se contentó con permanecer en la retaguardia del grupo mientras abandonaban los bien cuidados terrenos de la finca y se dirigían a lo largo de un riachuelo antes de cruzar una corta pasarela hacia el otro lado. Allí, el paisaje se abría a ondulantes colinas salpicadas de rocas salientes y flores silvestres que endulzaban el viento veraniego.

La docena de invitados se dividió en grupos más pequeños o en parejas a lo largo del paseo, dejando a Haylie sola. Era algo que normalmente la habría molestado. Pero su corazón rebotaba de esperanza y se negaba a dejar escapar ese sentimiento.

Al cabo de un rato, el sendero les condujo a un antiguo bosque con viejos árboles hermosamente nudosos y piedras cubiertas de musgo, donde el aire se volvió pesado y húmedo sin el calor directo del sol. Finalmente salieron del bosque y vieron una colina que se elevaba a lo lejos con una estructura de piedra en ruinas en la cima que se perfilaba dramáticamente contra el cielo azul poco común. Haylie se giró para comentar lo impresionante que era la vista, pero no había nadie a quien pudiera comentar algo así.

Estuvo a punto de sentir una oleada de soledad, pero se contuvo.

No podía esperar que el mundo cambiara de la noche a la mañana. Si quería que las cosas fuesen diferentes, tenía que seguir haciendo todo lo posible para que así fuese.

Algunos de los invitados prefirieron no subir la colina hasta las ruinas de la fortaleza y se dirigieron a un hermoso prado preparado para un picnic ligero, donde les esperaban unos

sirvientes con cestas de refrescos. Los miembros más aventureros del grupo ya se dirigían a las ruinas y, aunque estaban a cierta distancia de Haylie, ésta se recogió las faldas y se puso en marcha tras ellos.

No había venido a este paseo para acabar sentada sola en la esquina de una manta de picnic. Además, Westcott estaba entre los invitados que seguían subiendo la colina. No podía llamar su atención si no se encontraba cerca de él.

Las ruinas de lo que antaño había sido un mirador grandioso y bien fortificado habían quedado reducidas por el tiempo y la negligencia a un cascarón parcialmente en pie de su existencia original, rodeado de montones de piedra que se desmoronaban. La más impresionante de las estructuras que quedaban era una gran base de paredes redondas de lo que había sido una torre de vigilancia con troneras. Desde la torre se extendía un muro de dos niveles con ventanas arqueadas que dominaban el paisaje.

Cuando Haylie llegó al centro de las ruinas, vio que se podía acceder a la pasarela superior de la muralla en pie a través de una escalera parcialmente erosionada que contenía un hueco bastante importante en el que los peldaños se habían caído por completo. En el hueco se había colocado una robusta escalera de mano y dos altos sirvientes se situaban a ambos lados, listos para ayudar a los invitados que desearan contemplar las vistas desde el nivel superior. Un puñado de aventureros ya había ascendido a la pasarela superior, entre ellos Wescott.

Haylie nunca había sido una persona que corriera riesgos innecesarios. Pero algo en ella había cambiado durante su conversación con el marqués en el estudio. Algunos riesgos eran necesarios y si quería aprovechar la oportunidad que Granville le había brindado la noche anterior, ésta parecía ser una de ellas.

Mirando hacia la pasarela, observó que los demás ya se habían perdido de vista. Si planeaba unirse a ellos, tenía que ser ahora.

Respirando hondo y sonriendo, se acercó a la antigua escalera. Por un lado estaba pegada a un muro de piedra, pero por el otro estaba completamente abierta al suelo. Con una mano apoyada en el muro, colocó con cuidado un pie tras otro sobre los peldaños desiguales cubiertos de guijarros y musgo.

El hueco era mucho más ancho de lo que ella suponía desde el suelo. Aunque la escalera ocupaba el espacio intermedio, seguía siendo un pequeño salto. Cuando vaciló, uno de los jóvenes sirvientes la animó con una inclinación de cabeza. «Sólo dos grandes pasos, señorita, y estará al otro lado».

El sonido de las risas que el viento arrastraba desde arriba le recordó lo que se perdería si retrocedía ahora. Con un impulso de coraje y determinación, mantuvo la mirada fija hacia arriba. Haciendo todo lo posible por ignorar los dos o tres metros de desnivel, se aferró con fuerza a la mano del sirviente mientras cruzaba el precario desnivel.

No fue tan malo una vez que lo dejó atrás.

Los escalones restantes estaban desgastados pero eran resistentes. Y entonces llegó a la pasarela superior y se quedó sin aliento, en parte por la repentina ráfaga de viento que le tiró de la caperuza, pero también porque la vista desde arriba era realmente impresionante, con páramos salvajes y agrestes que se extendían en un amplio arco de verdes, grises y marrones.

Westcott estaba de pie con otros dos caballeros y dos damas, señalando a través de una de las grandes ventanas de arco abierto algún elemento del paisaje distante. Todos formaban un pequeño grupo. El viento que azotaba a su alrededor a la elevada altura impedía oír lo que decían, pero Haylie sospechaba que todo era bastante ingenioso y entretenido.

Debía ser valiente y acercarse para unirse a ellos, pero al parecer los viejos hábitos tenían

dificultades para desaparecer, porque sus pies siguieron moviéndose hasta que pasó junto a ellos.

Tratando de no sentirse decepcionada por su repentina cobardía social, continuó hasta el punto más alejado de las ruinas, donde el camino giraba en una esquina hacia una plataforma que se inclinaba hacia afuera. Parecía la percha de un arquero, pero la pared protectora que probablemente habría contenido una saetera se había caído. Sólo quedaba una corta media pared entre Haylie y una caída muy larga.

Se dejó vencer por el miedo.

Si no podía ser valiente entre la gente cuya aprobación deseaba tan desesperadamente, al menos tenía que serlo aquí, de pie en aquella cornisa, ella sola.

Al dejar de estar a la vista de los demás, Haylie respiró hondo y dirigió la mirada hacia el paisaje. Las altas hierbas ondeaban con la fuerza del viento, haciendo que las colinas y los valles parecieran mucho más dinámicos de lo que sus colores terrosos sugerían a primera vista. Al extender la mirada, observó una lejana hilera de árboles que sugería otro antiguo bosque similar al que habían atravesado de camino a las ruinas.

La respiración de Haylie captó algo en la linde del bosque.

Era un hombre a caballo que cabalgaba a toda velocidad mientras se agachaba sobre el cuello de su caballo, impulsando al magnífico animal hasta el límite de sus capacidades. Incluso a una distancia considerable, Haylie se sintió asombrada por el poder y la gracia del hombre y el animal moviéndose en elegante concierto. Estaban demasiado lejos para que pudiera identificar al jinete, pero no cabía duda de su habilidad y dominio sobre la silla.

¿Qué se sentirá al cabalgar tan rápido y con tanta confianza?

Nunca había sido una gran amazona, pero se imaginaba la libertad que se debía experimentar al volar por el paisaje a una velocidad tan temeraria. Debes sentir que nada puede atraparte, ni tus miedos ni tus incertidumbres. Todo lo que te atormentaba quedaba atrás. Intrascendente.

Lo que daría por poseer ese tipo de determinación y audacia.

En un súbito arrebató, recordó su baile con el marqués la noche anterior, cómo la emoción se había mezclado con la incertidumbre y la esperanza cuando él la tomó en sus brazos en la pista de baile. Recordaba lo que había sentido al entregarse a su sutil y magistral dirección y experimentar una sensación de maravillosa liberación. Con un escalofrío, recordó el brillante destello de sensaciones que sintió cuando la palma de la mano de él se había apretado amplia y firmemente contra su espalda mientras la acercaba. Sintió un cosquilleo en la piel al recordar el sensual murmullo de sus palabras perversas. Se había quedado estupefacta ante su pícaro maniobra. Y durante unos intensos instantes, se había sentido completamente seducida.

Pero todo había sido sólo una advertencia. Un ejemplo de por qué debía mantenerse alejada.

Centrando de nuevo la mirada, Haylie buscó al caballo y al jinete a lo largo de la distante línea del bosque, pero ya no estaban.

Una repentina y fuerte ráfaga se levantó desde abajo, atrapando su bonete y haciéndolo volar con el viento. Haylie apenas consiguió agarrarse con fuerza a su chal de lana, pues de lo contrario también se lo habría llevado la escalofriante ráfaga de aire.

Con el ceño fruncido, observó cómo su gorro bailaba con el viento hasta que finalmente cayó sobre la larga hierba, a una distancia considerable de las ruinas. Tendría que ir a recogerlo.

Con un suspiro, se dio la vuelta para volver a la pasarela, sólo para descubrir que los demás ya se habían marchado. ¿Tanto tiempo había estado sumida en sus pensamientos? Sus pasos se aceleraron cuando el viento sopló con fuerza sobre sus hombros, azotando sus faldas,

levantando mechones sueltos de pelo y haciendo que se le pusiera la piel de gallina.

Cuando dobló la esquina para bajar las escaleras, su corazón dio un pequeño salto temeroso. No había nadie. Ni siquiera los sirvientes.

La escalera de mano que habían colocado para salvar la brecha de la escalera tampoco estaba.

Con el corazón subiendo hasta obstruirle la garganta, Haylie miró hacia fuera. Intentó ver colina abajo, donde habían montado el picnic, pero no podía ver alrededor de los muros medio derruidos y los montones de ladrillos y rocas. Seguramente no habían abandonado la zona.

Apretó el chal con fuerza e intentó desesperadamente que no cundiera el pánico.

El viento, cada vez más caótico, se apoderó de su voz en cuanto salió de su boca, enviándola en círculos a su alrededor antes de que una nueva ráfaga la dispersara en la nada.

Los sirvientes tendrían que recordar que la habían ayudado a subir al piso superior. Seguro que alguien volvería a buscarla.

Volvió a llamar. Una y otra, y otra vez.

No vino nadie.

Se dio la vuelta y corrió hacia la pasarela, escudriñando el paisaje en todas direcciones. No había nadie. Lo que pudo ver de la hondonada donde se habían colocado las mantas y las cestas parecía vacío y desierto. No había nadie en ninguna dirección.

Estaba completamente sola.

Haylie tomó aire. Estaba sola, pero no era del todo incompetente. Seguramente, podría encontrar una manera de salir de este lío.

Volvió a las escaleras y bajó con cuidado todo lo que pudo, observando lo desgastados, deteriorados y estrechos que estaban algunos peldaños. Un escalón mal colocado y podría perder el equilibrio con un resultado desastroso.

Al llegar al lugar donde se habían caído los escalones, se acercó con una mano apoyada en el muro de piedra. La distancia no parecía tan grande desde aquella perspectiva. Con el impulso suficiente, tal vez fuese posible dar el salto. Por supuesto, las piedras sueltas y el musgo húmedo que cubrían los escalones del otro lado podían hacer que el aterrizaje resultara peligroso. Si conseguía saltar pero perdía el equilibrio y se golpeaba la cabeza o caía hacia un lado, podía resultar gravemente herida. Y sin nadie que pudiera ayudarla, era un riesgo muy grande.

Dio un paso atrás.

Si se quedaba donde estaba y esperaba, ¿cuánto tiempo permanecería allí?

¿Cuánto tiempo pasaría antes de que alguien se diera cuenta de su ausencia? ¿Una hora? ¿Dos horas? ¿Podrían dejarla allí toda la noche?

Haylie negó con la cabeza. No tenía elección.

«¿Qué demonios estás haciendo?»

Capítulo Cinco

Haylie se sobresaltó al escuchar las ásperas palabras una fracción de segundo antes de que el alivio inundara su cuerpo en una oleada.

Mirando hacia abajo con ojos desorbitados e incrédulos, vio al marqués de Granville montado en un caballo negro puro, cargando audazmente hacia ella a través de las ruinas. Por supuesto, era el hombre que había visto cabalgando tan intrépidamente por el campo. «Milord», exclamó, «creía que habíais dejado Northamptonshire esta mañana».

«Menos mal que no lo hice», señaló él con severidad.

Con sus pantalones de montar grises y un abrigo del color carbón, daba una imagen dramática, pero la mirada de Granville era sombríamente furiosa.

El corazón de Haylie se aceleró y esta vez no tenía nada que ver con su precaria situación. «¿Cómo sabías que estaba aquí?», preguntó mientras el marqués acercaba su caballo a la escalera.

«Volvía de mi cabalgata y me pareció ver una criatura salvaje en lo alto de la muralla». Algo parpadeó bajo la superficie de su expresión sardónica. «Debería haber sabido que eras tú».

La vergüenza se encendió bajo su piel. Parecía tener la habilidad de aparecer en sus momentos más humillantes.

«¿Te importaría explicarme cómo demonios has llegado a estar revoloteando sobre ese abismo en las escaleras?»

Negándose a echar un vistazo a la caída que él tan bruscamente le recordaba, Haylie se encontró con su dura mirada y le ofreció una trémula sonrisa. «Parece que me han dejado abandonada»

Bajó las cejas, profundizando las dos líneas que las separaban verticalmente. «Sí, ya lo veo. ¿Cómo subiste allí en primer lugar? Las ruinas son un lugar peligroso para explorar sola».

Cerrando brevemente los ojos, Haylie reunió los restos de su orgullo. «No estaba sola. Al parecer, los demás se fueron sin mí».

Ante su vergonzosa confesión, el cuero de los guantes de Haylie crujió suavemente mientras sus manos se retorcían sobre las riendas. Luego dio un empujón con los talones y acercó el caballo a la escalinata. Levantando ambas manos, dijo simplemente: «Vamos. Te ayudaré a bajar».

Haylie le miró. Sus manos apenas le llegaban a las rodillas. «Es bastante alto», dijo escéptica.

«Siéntate en el escalón más bajo. Podré alcanzarte mejor».

Haylie siguió sus instrucciones y se colocó en el borde del escalón más bajo antes de girarse hacia él, con las piernas colgando y las manos apoyadas contra la áspera piedra. Aunque se sintió mucho más segura por el simple hecho de contar con su presencia, aún quedaba un buen trecho desde donde estaba sentada hasta sus brazos y una caída mucho más larga hasta el suelo si él no lograba atraparla.

«No te dejaré caer», le dijo en tono confiado mientras le apoyaba las manos en la parte exterior de las rodillas. Luego se incorporó en los estribos y deslizó las manos hacia arriba para agarrarla por las caderas. «Ven a mí».

Con un pequeño sonido en el fondo de su garganta, Haylie se inclinó hacia adelante y prácticamente cayó en los brazos de Granville, aterrizando con una sacudida en su regazo. Sus

muslos se flexionaron con sus duros músculos bajo ella y sus brazos eran como bandas de acero que la sujetaban mientras la estrechaba contra su pecho. El contacto era íntimo y muy diferente del vals de la noche anterior, pero no por ello menos emocionante.

Apretando las rodillas, dirigió a su caballo lejos de las escaleras, hacia un montón de piedra y escombros. Ajustando su agarre sobre ella, la bajó al suelo y descendió de la silla tras ella. Sintiendo aún una ligera inestabilidad en sus miembros, Haylie se aferró brevemente a sus antebrazos. El marqués se puso rígido bajo sus manos y ella murmuró una disculpa antes de soltarlo.

Sin mediar palabra, él se volvió para caminar con paso decidido hacia la entrada principal de las ruinas, donde contempló el sendero que la había llevado hasta la ladera de la colina no hacía mucho tiempo.

Haylie ya sabía lo que vería.

Nada.

O mejor dicho, *a nadie*.

«Gracias, mi señor», murmuró mientras tomaba asiento en una de las piedras más grandes, “por venir en mi ayuda”.

El marqués la miró por encima del hombro y la furia de su mirada era casi sorprendente. «Supongo que esto no te ha enseñado nada», observó bruscamente.

Haylie frunció el ceño. Unas cuantas piedrecitas se introdujeron en su bota mientras caminaba por el borde de la escalera. Levantó el pie y empezó a aflojarse los cordones, utilizando la tarea como una distracción de sus intensos modales. «No sé a qué te refieres».

«Esas personas no son los parangones que tú te imaginas».

Ella lo miró, confundida por la vehemencia de su tono. «Lo dices como si me hubieran abandonado a propósito». Haylie se quitó la bota y la levantó para sacudir las piedras sueltas. «Fue culpa mía, en realidad. Me había perdido de vista. Estoy segura de que... se olvidaron de que estaba allí».

Qué pena.

Volvió a meter el pie en la bota y soltó una risita áspera. «Aparentemente, a menos que me caiga de cara contra la mesa del buffet, no soy tan memorable».

Haylie tiró de los cordones para ajustarse la bota, pero un lado estaba enganchado. Con una firme presión de sus labios, tiró con más fuerza. Y entonces el marqués estaba agachado frente a ella, apartándole las manos.

«Te aseguro que eres más memorable que la gran mayoría», observó mientras colocaba el pie de ella sobre su rodilla y agarraba los cordones anudados.

Haylie quería creer que sus palabras eran un cumplido, que de algún modo había reconocido que ella no era la causa perdida que todos creían. Pero no tenía la seguridad necesaria para convencerse de algo tan improbable.

Su tono era pesadoso cuando respondió: «Porque soy un incordio, supongo».

Sus gruesas y oscuras cejas se fruncieron y sus manos se detuvieron mientras la miraba. Parecía que iba a decir algo, pero su mirada se posó en los labios de ella y guardó silencio.

Haylie esperó sin respirar, preguntándose qué estaría pensando mientras su mirada bajaba lentamente por la línea de su garganta hasta el hueco de su clavícula. Observó fascinada cómo sus cejas se curvaban hacia el centro cuando fruncía el ceño. Por alguna razón, ese pequeño detalle la inquietó.

Levantó la mirada de nuevo y sus ojos oscuros parpadearon con peligrosos secretos que ella no comprendía del todo. «No, señorita Dellacourt. Usted es decidida e implacablemente

esperanzada, pero no es una molestia». Los músculos de su mandíbula se tensaron y soltaron. «Ellos la arruinarán si tienen la oportunidad. No lo permita».

Su penetrante mirada provocó un estrechamiento en su interior, mientras que su tono reservado le hizo preguntarse si le estaba advirtiendo que se alejara de la alta sociedad o de sí mismo. Sintió una extraña ligereza en el pecho y un hormigueo en los dedos de manos y pies. De repente, fue plenamente consciente de su virilidad masculina y cada susurro que había escuchado sobre sus inquietudes sexuales voló por su mente.

Entonces, con un rápido y fluido movimiento, se puso en pie y se volvió hacia su caballo. Recogiendo las riendas de su caballo, dijo con brusquedad. «Te acompañaré de vuelta a la mansión».

A Haylie se le cortó la respiración. Le costó un poco sacudirse el temblor de sus miembros y ponerse en pie. «Está bien. Puedo volver sola».

Le lanzó una mirada sombría. «He dicho que te llevaré». Su tono no permitía discusión. «Por si no te has dado cuenta, se nos viene encima una tormenta».

«¿Una tormenta?» Haylie miró hacia las gruesas nubes que se acumulaban. No había reparado en el cambio de tiempo -probablemente debido a su distracción al pensar en el marqués y a su oportuna aparición-, pero sin duda explicaba la rápida marcha de los demás. Saber que probablemente se preocupaban por huir de una tormenta hizo que su abandono fuera un poco más agradable.

«Preferiría no llegar a la mansión empapada hasta los huesos, y cuanto más tiempo deliberéis, más probable será que eso ocurra. ¿Volverás conmigo o debemos buscar refugio?»

Un leve trueno interrumpió sus palabras mientras una ráfaga de viento se arremolinaba entre las ruinas.

«No quisiera agobiar a tu caballo».

«El caballo estará bien», afirmó mientras saltaba con facilidad a la silla de montar, y luego le tendió la mano. «Vamos».

La forma en que la miraba -oscura y melancólica, con un ceño de impaciencia que podría confundirse con preocupación si Haylie no lo supiera- la estremeció. Aquel hombre era una fuerza enigmática como ninguna otra con la que se hubiera topado antes. Sus modales audaces e impenitentes la desconcertaron y su mirada atenta le hizo desear ser más audaz, más valiente. Más temeraria.

«Toma mi mano y súbete a esa piedra», le ordenó de esa forma tan dominante que tenía. «Te alzaré desde ahí».

Haylie miró hacia abajo en su forma completa. «No creo que...»

«Hazlo», la interrumpió él, con una voz de mando más grave que parecía resonar en los huesos de Haylie, cada vez más fríos.

Deslizando los dedos por la mano enguantada de él, se subió a la gran piedra de superficie plana. Al mismo tiempo, el marqués hizo avanzar a su montura y le rodeó la cintura con el brazo. En un abrir y cerrar de ojos, ella se encontraba sobre su regazo.

Casi soltó una risita al imaginarse la sorpresa de Granville si ella hiciera algo tan atrevido.

Por otra parte, tal vez no se escandalizaría en absoluto.

El marqués dirigió su caballo a través de las ruinas hacia el camino que bajaba la colina. «Sujétese a mí, señorita Dellacourt», dijo mientras otro trueno se desprendía de las nubes. «Tendremos que cabalgar velozmente para escapar del aguacero».

Volviéndose hacia su pecho, Haylie le pasó el brazo por la espalda justo cuando él

impulsaba al caballo a todo galope. Cabalgaron de cabeza hacia el bosque. Con cualquier otra persona, a Haylie le habría aterrorizado la posibilidad de estrellarse contra un árbol, pero el marqués maniobraba por el sinuoso sendero con facilidad a pesar de su rápido avance.

Sujetaba las riendas con una mano mientras con el otro brazo la rodeaba con fuerza, con la mano curvada firmemente sobre su cadera, manteniéndola pegada a él.

Aunque nadie confundiría al marqués con un caballero de antaño, ya había acudido a rescatarla dos veces. Haylie se estremeció al pensar qué habría hecho si la hubieran dejado sobre las ruinas cuando llegó la tormenta. Sola.

El marqués emitió un sonido grave y bajó la cabeza junto a la de ella. Ella sintió el movimiento de sus labios en la sien de él cuando dijo: «Te tengo, cariño».

Su voz era rica en texturas y su cualidad de terciopelo áspero hizo que un delicado temblor la recorriera. Era consciente de que se refería a la naturaleza temeraria del viaje, pero de pronto deseó que se refiriera a algo más.

Capítulo Seis

Comenzaron a caer las primeras gotas de lluvia mientras corrían por las onduladas tierras. Pero el diluvio no llegó hasta que tuvieron la mansión a la vista.

Mientras el cielo se abría y la lluvia caía a cántaros, la señorita Dellacourt se acurrucó contra su pecho y hundió la cara en su cuello. Su vestido era un desastre empapado sobre sus piernas y el chal que había envuelto alrededor de sus hombros no la protegía del viento.

Roman trató de mantenerla cerca de su calor, pero cuando llegaron al camino de grava que pasaba por delante de la mansión y seguía hasta los establos de atrás, ella ya estaba helada y temblaba. Cabalgó directamente hacia los establos, sin molestarse en aminorar la marcha hasta que estuvieron lejos de la lluvia.

Un mozo de cuadra se acercó corriendo y Roman le tendió las riendas antes de sujetar a la mujer que llevaba en brazos. «Voy a bajarte al suelo», dijo con firmeza.

Ella emitió un suave gemido cuando él la bajó de su regazo para ponerla en pie.

Roman bajó rápidamente tras ella y se quitó el abrigo de lana. Estaba caliente por su cuerpo y todavía algo seco por dentro, y se lo puso alrededor de su cuerpo rígido y tembloroso. Ella enroscó los dedos en la tela y la ciñó bajo la barbilla. Tenía el pelo revuelto, goteando y pesándole alrededor de la cara, pero inclinó la cabeza hacia atrás para dedicarle una rápida sonrisa.

«Muchas gracias». Sus labios se inclinaron hacia abajo en una esquina. «Imagino que estarás bastante molesto conmigo por dejarte atrapado en la lluvia, pero agradezco tu valiente rescate».

«No», dijo Roman, sorprendiéndose a sí mismo por la rudeza de su voz. «No estoy molesto y estoy seguro de que no soy galante. Para empezar, nunca deberías haberte quedado abandonada en ese muro».

Ellaladeó la cabeza y le miró fijamente. «¿Por qué los odias tanto?»

«No me importan tanto como para odiarlos». Levantó la ceja. «¿Por qué los adoras tanto?».

Sus pestañas -mojadas y espigadas por la lluvia- cayeron brevemente sobre su mirada antes de que sus ojos volvieran a encontrar los de él. «No los adoro. Sólo estoy...»

Sola.

Roman oyó la palabra aunque la chica era demasiado orgullosa para admitirlo. Bajó la voz. «Te lo repetiré, cariño. Tus esfuerzos no valen la pena».

«¿Por qué no?»

«Son un grupo insensible, egoísta e infiel, centrado únicamente en sus propios placeres».

«Se ha dicho lo mismo de usted, mi señor.»

«Es cierto», observó sombríamente. «Soy el peor de ellos».

«Y, sin embargo, has venido a rescatarme dos veces».

Él frunció el ceño ante el tono suave de su voz. «No ocurrirá de nuevo».

Ella sonrió ante su advertencia, lo que sólo hizo que él estuviera más decidido a convencerla. «No me ponga en el rol de héroe, señorita Dellacourt. Estoy lejos de serlo».

Sin embargo, ella no pareció inmutarse y se limitó a alzar las cejas. «Desgraciadamente, sus acciones tienden a desmentir tan reiteradas declaraciones, mi señor».

El tono burlón de su voz y el brillo cómplice de sus ojos retorcieron algo en su interior.

Creía que le conocía. Pensaba que estaba a salvo con él, como si no fuera más inofensivo que su simpático Lord Westcott.

No tenía ni idea de lo equivocada que estaba.

La tensión que había crecido en su interior durante el trayecto, el hambre física que se agudizaba en su sangre con cada rebote del trasero de ella en su entrepierna y cada presión de sus pechos turgentes contra el suyo alcanzaban su capacidad. El fuego ardía bajo su piel.

Prácticamente le temblaban las manos por el deseo de agarrarla por los hombros y atraerla hacia él para que pudiera sentir cada centímetro de dureza que dolía por ella. Tal vez eso la convenciera de lo que era capaz de hacer.

Dio un paso hacia ella, con la mirada clavada en su rostro húmedo y fresco. «¿Quieres acción, cariño?»

Dio otro paso y ella retrocedió, tropezando antes de cambiar aparentemente de opinión y cuadrar los hombros. Aunque la sonrisa se le había borrado de los labios, sus ojos color champán se clavaron en los de él con firmeza.

La demostración de valor fue impresionante. Tonta, pero impresionante.

«No hace falta que me convenzas de tu maldad», dijo en tono firme pero tranquilo. «Sé lo que eres, mi señor. Soy consciente de los rumores que corren sobre ti y me doy cuenta de que probablemente ni siquiera he oído los peores. Pero también creo que eres más de lo que todos dicen de ti. Sólo me has tratado con compasión -y sí, con galantería- sin ningún indicio de que esperes nada a cambio». Sus labios se curvaron hacia arriba de nuevo. «Así que perdóname si decido apreciar esos aspectos de tu carácter».

Roman sintió sus palabras como una prensa alrededor de su pecho. «Si te obligas a ver el bien en la gente donde no lo hay, saldrás lastimada», observó.

«Estoy dispuesta a correr el riesgo». Ella echó la cabeza hacia atrás y sus ojos recorrieron suavemente su rostro mientras hablaba.

De repente, Roman se dio cuenta de lo cerca que estaban. Sus faldas empapadas se pegaban a sus piernas y los bordes de su abrigo le rozaban el pecho. Todo lo que tenía que hacer era levantar los brazos y estarían abrazados. Una inclinación de cabeza pondría sus labios en contacto con los de ella. Sería tan fácil y entonces sabría por fin si su boca era tan suave y deliciosa como parecía. Apoyaría las manos en sus nalgas y presionaría su dolorosa longitud contra su vientre.

Maldita sea, ¿por qué le tentaba tan ferozmente?

Con un gruñido, se dio la vuelta y se dirigió al establo donde habían llevado a su caballo. No se molestó en mirar atrás. «Vuelve a casa».

Esperó con el estómago apretado y los músculos de la espalda ardiendo hasta que la escuchó marcharse. Sólo entonces se apoyó contra la pared del establo, dejando caer la cabeza hacia atrás con un gemido de deseo insatisfecho.

Haylie entró en la casa y subió a su habitación sin ser vista. Se sentó frente al espejo del tocador, aún acurrucada en el abrigo del marqués, mientras esperaba que le trajeran un baño a su habitación. Hundiendo la cara en el tejido de lana, respiró profundamente su aroma: madera de cedro, brandy y hogares humeantes. El placer se arremolinó en su interior, atemperado firmemente por la incertidumbre.

Aquel hombre la hacía sentir demasiado. Cosas que jamás había imaginado.

Se le hizo un nudo en el estómago al pensar en cómo había cambiado su actitud antes de que le diera la espalda en los establos. En un momento, se había mostrado intenso y melancólico,

y había estado tan cerca que ella había podido sentir el calor de su cuerpo acercándose a ella. A pesar de sus palabras de advertencia, ella juraría que él había sentido algo. Desde luego, ella lo había sentido. Aunque tenía la piel helada por la lluvia, la sangre de sus venas ardía mientras temblaba de expectación, deseando nada más que él la estrechara entre sus brazos -con fuerza- y la besara sin aliento.

Pero un segundo después, él se había dado la vuelta y se había marchado, dejando a Haylie sola en su anhelo y confusión.

La lluvia continuó durante toda la tarde, dejando a los invitados encerrados en casa.

Bañada y vestida con una bata fresca y el pelo arreglado, Haylie consideró la posibilidad de salir de su habitación un par de veces para buscar a los demás huéspedes y ver qué actividades de interior se habían organizado, pero, por alguna razón, no tenía muchas ganas de socializar. Si a alguien se le ocurría recordar su presencia en el viaje a las ruinas y su posterior ausencia del grupo, tendría que reconocer el embarazoso hecho de que la habían dejado abandonada. Luego tendría que explicar cómo había regresado a la mansión y tenía la clara impresión de que al marqués no le agradaría que se supiera que él la había rescatado.

Por desgracia, no podía esconderse en su habitación para siempre.

Cuando finalmente llegó la hora de la cena, Haylie se dirigió tímidamente al salón, donde se reunían los invitados antes de pasar al comedor. A medida que su incertidumbre se transformaba en incomodidad, no pudo evitar desear que el marqués estuviera a su lado. No estaba segura de si era su propia actitud desdeñosa o su innata seguridad en sí mismo, pero siempre se sentía mucho más segura en su presencia.

Algunas personas se percataron de su llegada, pero no hubo miradas sarcásticas ni burlonas. En los casi diez minutos que transcurrieron antes de que se anunciara la cena, nadie se acercó a ella para preguntarle cómo había conseguido volver de las ruinas ni se preocupó por su salud después de que la sorprendiera la lluvia. Parecía que todos habían olvidado que ella les había acompañado durante el paseo o habían dado por sentado que había estado con ellos todo el tiempo.

Haylie no sabía si sentirse aliviada por ese hecho o terriblemente decepcionada.

Incluso cuando Westcott le dedicó una rápida sonrisa desde el otro lado de la habitación, no pudo encontrar ningún placer en el momento. De hecho, empezaba a sentirse molesta con sus sonrisas distantes y fugaces. Si el hombre tuviera verdadero interés en ella, se acercaría y hablaría con ella y, desde luego, no se habría olvidado por completo de ella en las ruinas.

Comenzaba a irritarse cuando Granville apareció finalmente, con un aspecto llamativamente apuesto y distinguido, vestido de negro y un impecable corbatón blanco. Haylie contuvo la respiración, esperando que su mirada oscura la encontrara mientras se sentaba a un lado de la sala. Pero él sólo echó un rápido vistazo a los presentes, sin prestarle atención.

Poco después se anunció la cena y, aunque el número de invitados se había reducido considerablemente, Haylie seguía sentada a una distancia considerable del marqués. No estaba segura de lo que esperaba que ocurriera cuando lo volviese a ver esa noche, pero parecía que pretendía ignorarla por completo.

Debería habérselo esperado. Hasta lo entendía en parte, teniendo en cuenta su insistencia en que su atención era ruinosa. Pero eso no hacía que el dolor fuese menos punzante.

Por desgracia, no pudo evitar deslizar su mirada hacia él durante toda la comida. Apenas intentó entablar conversación con los que la rodeaban, como solía hacer con mayor o menor éxito. Por alguna razón, charlar con los demás comensales no le interesaba.

Levantando la mirada una vez más hacia su lado de la mesa, se puso rígida al ver a la

dama a su izquierda sentada indecentemente cerca. Tan cerca que sus pechos prácticamente desbordaban su brillante escote sobre el plato de Granville. Aunque conservaba su típica expresión estoica, Haylie notó algo diferente en sus modales. Estaba más relajado de lo que solía estar en compañía de Haylie. Se movía con gracia y soltura, su mirada seguía siendo oscura e intensa, pero menos cautelosa mientras conversaba con la dama.

Entonces miró hacia ella. Y todo su comportamiento cambió.

No de un modo manifiesto u obvio, pero tal vez porque lo había estado estudiando tan de cerca, Haylie detectó el sutil descenso de sus oscuras y pesadas cejas sobre su mirada y el momento de tensión en los músculos de su mandíbula cuando algo ardiente y peligroso centelleó en su mirada.

A Haylie se le aceleró el ritmo cardíaco mientras un rubor le calentaba la piel. ¿Se habría enfadado con ella?

No lo creía. Lo había visto enfadado con ella antes, en las ruinas. Lo que acababa de ver era muy diferente, pero estaba segura de haber visto antes esa mirada en sus ojos.

Incapaz de apartar la mirada, continuó mirándole incluso cuando él apartó la vista para alcanzar despreocupadamente su copa de vino. Cuando el vino tinto se deslizó por sus labios, su mirada volvió a encontrarse en la de ella.

Ese calor concentrado seguía allí y el cuerpo de Haylie reaccionaba con una tensión extraña y deliciosa. Los músculos de sus muslos se tensaron y sus labios se entreabrieron en una respiración agitada.

Si no fuese tan inexperta en esas cosas, podría haber sospechado que el hombre tenía un interés indecoroso en ella.

Pero sería una tontería pensar eso.

El gusto del marqués de Granville no se inclinaba por las jóvenes torpes y regordetas con un largo historial de alhelíes. Se relacionaba más a menudo con damas como la que se sentaba a su lado.

Haylie prácticamente contuvo la respiración cuando él le devolvió la mirada a la mujer que estaba a su lado y murmuró algo que la hizo reír antes de darle unas palmaditas en el brazo que le resultaron familiares.

Un rubor de vergüenza calentó las mejillas de Haylie y bajó la vista hacia su plato. Qué insensata.

Se negó a volver a mirarle durante el resto de la comida.

Después de cenar, las damas regresaron al salón mientras los hombres disfrutaban de su oporto y su tabaco. Por pura costumbre, Haylie comenzó a pasear por el perímetro de la sala. Era lo que siempre había hecho durante esos interludios de sobremesa para evitar sentarse incómodamente al borde de una conversación a la que nunca la habían convidado a participar.

Siguió un ritmo despreocupado y recorrió las mesas auxiliares, los sofás y las sillas donde las demás señoras se habían instalado en pequeños grupos. Admiró los cuadros de la pared a su paso y recorrió con los dedos las teclas silenciosas del piano que había en un rincón; luego se detuvo junto a las ventanas batientes abiertas para respirar un poco de aire fresco antes de volver a hacer lo mismo. En su tercera parada junto a la ventana, los hombres se reunieron con ellos.

En cuanto el marqués entró en la habitación, sintió el impulso de acercarse a él. Aun a sabiendas de que él la rechazaría, el sentimiento continuaba siendo fuerte.

Resistiéndose, permaneció donde estaba y le observó.

Fue uno de los últimos en entrar, junto con el duque de Melbourne y el conde Vittori. Los tres hombres se detuvieron justo dentro del salón, cada uno de ellos observando a los invitados

reunidos con una expresión diferente.

La sonrisa con hoyuelos de Melbourne era fácil y relajada. Era el tipo de persona que parecía disfrutar de verdad del baile social del intercambio de ingeniosas ocurrencias y miradas coquetas. A su lado, Vittori observaba la sala con ojos pesados, como si desafiara a sus ocupantes a entretenerle. Y luego estaba el marqués, cuya mirada era impaciente y cerrada.

Haylie sospechaba que se escabulliría de la reunión a la primera oportunidad.

Mientras el conde cruzaba la sala hacia el piano y el duque se enzarzaba en una tranquila conversación con una joven viuda bastante animada, el marqués recorrió la sala con la mirada. Cuando su atención pasó por el lugar donde Haylie se encontraba cerca de las ventanas abiertas, le pareció ver que sus facciones se tensaban, tal como lo habían hecho durante la cena.

Pero el momento fue tan fugaz que no estaba segura.

Sin embargo, no fue tan rápido como para ignorar su propia reacción. La repentina presión en el pecho, el hormigueo en los dedos de los pies y el calor bajo su piel. Y, de nuevo, ese feroz impulso físico de ir hacia él.

Estaba solo cerca de la entrada del salón. En cualquier momento podría salir de la habitación.

Mirando a su alrededor, se dio cuenta de que nadie le prestaba atención y, por primera vez, agradeció que no la tuvieran en cuenta. Respiró hondo y se recompuso antes de rodear el exterior de la habitación y dirigirse al lugar donde se encontraba Granville.

Intencionadamente, se acercó a él por detrás, para que no la viera llegar y la evitara de algún modo. Cuando se puso a su lado, todo su cuerpo pareció ponerse rígido bajo su fino traje de noche negro. No giró la cabeza para mirarla, aunque debía saber que estaba allí.

Tras un momento de incomodidad, ella habló. «Buenas noches, milord.»

«Te arriesgas al acercarte a mí esta noche». La tensión en su voz hizo que su corazón se acelerara.

«Crei que ya habíamos establecido que ciertos riesgos merecen la pena», respondió ella en voz baja.

Los músculos de su mandíbula se tensaron brevemente, como si hubiera apretado los dientes antes de responder. «¿Qué quieres?»

«Yo sólo...» ¿Qué quería? Ya no estaba tan segura. «Antes no tuve la oportunidad de decirte que tu plan parece haber funcionado. A pesar del incidente de hoy en las ruinas, que aparentemente ha sido un descuido inocente, creo que las cosas pueden estar cambiando. Me sacaron a bailar cuatro veces más después de nuestro vals de anoche. Y hace un momento, durante la cena, algunas personas me han hecho partícipe de la conversación». Sonrió. «Pequeñas cosas, lo sé, pero es una diferencia significativa respecto a lo que me había acostumbrado».

Finalmente la miró. La mirada en sus ojos era difícil de leer, pero de repente hizo que Haylie se sintiera como si acabara de subir varios tramos de escaleras sin descanso. «¿Y Westcott? ¿Ha dado un paso adelante para declarar su interés?»

Lanzó una rápida mirada al caballero en cuestión. «No, no lo ha hecho», respondió, sin querer admitir que no le preocupaba demasiado si el lord se interesaba por ella o no.

«Idiota», murmuró el marqués.

Haylie miró de nuevo al marqués, sorprendida por su vehemente reacción. «No pasa nada», le aseguró. «Algunos de los otros han sido bastante amables».

«Tú querías a Westcott. Deberías tenerlo». Dirigió su mirada al otro lado de la habitación, pero Haylie se encontró incapaz de apartar la mirada del enfoque intencionado de sus

ojos, la dura línea de su mandíbula y la firme presión de sus labios. Labios que se curvaron lentamente hacia arriba en una sonrisa irónica. «Parece que su caballero ha decidido unirse a nosotros».

«¿Lord Westcott viene hacia aquí? ¿Qué debo hacer?» preguntó Haylie en un susurro.

Los ojos del marqués se oscurecieron, pero no contestó. Un momento después, Westcott estaba frente a ellos. Su sonrisa era amistosa y, aunque ciertamente era apuesto, Haylie no pudo evitar desear que sus ojos fuesen más oscuros al notar que no había calor ardiente en su mirada, ningún destello de maldad.

«Lord Granville, ¿verdad?» preguntó Westcott con una ceja levantada y una sonrisa despreocupada.

«Efectivamente», respondió el marqués.

«Soy Lord Westcott. Un placer conocerle». Se volvió hacia Haylie. «Señorita Dellacourt, creo que nos presentaron en el baile de los Michaels».

¿Recordaba su presentación?

Haylie asintió, «Sí. Es un placer volver a verlo, mi señor.»

«¿Le gustaría acompañarme a dar un paseo por la habitación?»

Era exactamente lo que ella esperaba. Lord Westcott -posiblemente el soltero más codiciado de la temporada- estaba de pie, alto y elegante, frente a ella, ofreciéndole su escolta. A la vista de toda la sala. Era un asombroso golpe social. El mayor reconocimiento.

Pero ella no podía evitar compararlo con Granville y odiaba admitir que, en comparación, le parecía bastante... soso.

Realmente no importaba. No era como si ella esperara una propuesta o algo del hombre. Sólo esperaba que, con su ejemplo, Westcott abriera el camino para que los demás empezaran a verla con otros ojos. Si Westcott podía sonreírle, hablarle, buscar su compañía de vez en cuando, era probable que otros hicieran lo mismo.

El hombre no necesitaba despertar una intensa conciencia de sí misma o hacer que su vientre se agitara con fascinación y un delicado tipo de anhelo físico.

Y ella no necesitaba pensar en cómo el marqués lograba hacer esas cosas con una simple mirada.

Caminar del brazo de Westcott -a la vista de la gente que la había estado desairando durante dos años- le quitaría el estatus de alhelí.

Y, sin embargo, sabía que en cuanto se alejara, Granville se escabulliría de la sala. Como todos los invitados se irían a la mañana siguiente, era muy poco probable que volviera a hablar con él. Ese pensamiento le hizo sentir un extraño peso en el estómago.

Pero Lord Westcott estaba esperando. Su vacilación rozaba la grosería.

«Por supuesto», respondió rápidamente. «Me encantaría».

Westcott se giró y le ofreció el codo. Mientras Haylie le ponía la mano en el antebrazo, deslizó una última mirada hacia Granville. Su expresión era la de un hombre que se había aburrido, pero Haylie creyó ver algo más en su mirada. Un destello de posesión. Un momento de ira. Y luego desapareció.

«Disfrute de la velada, señorita Dellacourt», dijo.

«Gracias», respondió ella, pero las palabras le resultaron vacías.

Capítulo Siete

Tras unas horas y unas copas, Roman se quedó solo en su habitación. Era más de medianoche y la mayoría de los invitados se habían retirado para madrugar a la mañana siguiente, por lo que la gran casa estaba en silencio. Hacía tiempo que sus amigos se habían ido a sus camas: Allerton con su nueva novia, Melbourne con una joven viuda adinerada que acababa de terminar su año de luto y Vittori con su habitual variedad de compañeros de cama.

Roman también había recibido una oferta de compañía para esa noche. La encantadora baronesa que se había sentado a su lado durante la cena lo encontró justo cuando abandonaba el salón para buscar un respiro de la incesante vida social en la sala de billar. Se había asegurado de que él supiera cuál era su habitación y que esa noche estaría sola.

En cualquier otro momento Roman probablemente se habría sentido tentado. Pero esa noche prefería la soledad. Si no podía tener a la mujer que quería en su cama, prefería no tener a ninguna.

Por desgracia, le costó conciliar el sueño.

Se encontró paseando por la habitación, con un hambre inquietante que no le abandonaba. Se había despojado de sus pantalones de noche en un intento de enfriar el calor bajo su piel, pero el aire nocturno no le proporcionaba alivio cuando lo imaginaba como los fríos dedos de la señorita Dellacourt acariciando su cuerpo en una inocente exploración.

Tal vez debería volver a Londres esa misma noche.

Un poco de distancia geográfica podría ayudar. Así, al menos, el objeto de su deseo no estaría tan cerca. No es que fuese a ir a verla. Por mucho que lo deseara.

Ella estaba claramente fuera de los límites. Su inocencia por sí sola era suficiente para evitar que Roman la persiguiera, pero la historia de Roman con su hermano hacía que cualquier cosa entre ellos fuese en extremo ridícula. Si Roman tenía una pizca de nobleza, debía asegurarse de no tener más contacto con ella.

Y ahora que había captado la atención de Westcott, no debería haber motivo para que volviera a buscarlo.

Roman se acercó a la ventana y apartó las cortinas para dejar entrar la luz de la luna.

La señorita Dellacourt y lord Westcott formaban una buena pareja. Con su cabello oscuro, su mirada vibrante y su optimismo, la señorita Dellacourt representaba un complemento natural y dramático para el lord, que era tan alto y rubio, de mirada indiferente y modales infinitamente refinados.

Eran el uno para el otro. Incluso podrían encontrar un grado de felicidad juntos hasta que los años los desgastaran y la amargura se apoderara de ellos. Con el tiempo, buscarían compañía en otra parte. Los matrimonios entre los miembros de la alta sociedad estaban destinados a durar en el deber, no en la fe y la lealtad.

Así había sido con sus padres, como con tantos otros. Puede que al principio hubiera verdadero amor y felicidad entre sus padres, pero sólo habían pasado unos pocos años antes de que ambos buscaran la cama de otras personas. Con el tiempo, ni siquiera trataron de ocultarlo, ya que intercambiaban compañeros de cama con frecuencia entre su entorno social.

Sin lealtad. Sin constancia.

Así eran las cosas. Y Roman había jurado hacía mucho tiempo que nunca engañaría a una mujer haciéndole creer que el amor era siquiera una remota posibilidad. Lujuria, por supuesto.

Temporal y fugaz. Pero el amor -el duradero- era una ilusión.

Un sonido suave sacó a Roman de sus pensamientos. Cuando se hizo el silencio, se puso rígido, inseguro de haber escuchado algo.

Entonces se escuchó de nuevo.

Un golpe muy suave en la puerta de su habitación.

Su ceño se frunció aún más. Esperaba que la baronesa hubiera captado la indirecta cuando no fue a su habitación.

Frustrado por la intromisión de una invitada no deseada en su noche, avanzo silencioso y descalzo por la alfombra de felpa hasta la puerta, que abrió rápidamente con palabras de despido ya en la lengua.

Pero no era la baronesa la que estaba de pie furtivamente en el pasillo poco iluminado.

Todo el cuerpo de Roman se tensó de dolorosa necesidad y la correspondiente resistencia. Su tortura aún no terminaba.

El marqués estaba en el umbral de la puerta sin más ropa que sus calzones.

La luz parpadeante de la chimenea bailaba sobre su casi desnudez con sombras intrigantes, haciendo imposible que Haylie no enviara su mirada curiosa sobre cada línea masculina. Sus hombros eran maravillosamente anchos y robustos, mientras que sus brazos estaban definidos por músculos gruesos y nervudos y su abdomen ondulaba aún más.

La sangre le corría a toda velocidad por las venas.

Estaba loca por haber venido.

Pero no había podido mantenerse alejada.

Después de que el marqués abandonara la fiesta, Haylie no había podido sacarlo de sus pensamientos. Y cuando Westcott la había llevado aparte para hablar con ella en privado, se había dado cuenta de algo un poco chocante y totalmente inesperado.

«¿Qué demonios haces aquí?», gruñó con fiereza el marqués mientras escudriñaba el pasillo detrás de ella.

Haylie parpadeó y miró por encima del hombro para asegurarse de que el pasillo seguía vacío. Un baile era una cosa. Una breve conversación en un salón abarrotado de gente era casi inofensiva. Pero si alguien la veía de pie en la puerta del dormitorio del famoso rufián, seguro que la arruinaría.

«Necesito hablar contigo.»

«No.» Empezó a cerrar la puerta, los músculos de su brazo flexionándose al hacerlo.

Haylie apoyó la palma de la mano en la madera lisa, ejerciendo suficiente presión para que se detuviera. Su mirada era feroz y le devolvió la mirada. Pero ella no se sintió intimidada. En todo caso, estaba más decidida. Y excitada como nunca antes lo había estado.

Estaba desesperada por recibir la atención de sus compañeros, por que reconocieran que existía. Que ella importaba.

Pero el marqués la había visto, realmente la había visto, desde el primer momento en el estudio. Y a su manera, la había defendido.

Paseando con Westcott, observando todas las miradas curiosas y las sonrisas interesadas a su paso, Haylie se había dado cuenta de que no necesitaba nada de eso. Lo que necesitaba era alguien que la viera a pesar de su falta de popularidad. Alguien que le hablara como a una persona real.

El marqués lo había hecho. Y él había germinado en ella una semilla de confianza que había ido creciendo hasta que comprendió lo equivocada que había estado al buscar la atención

de la misma gente que la había maltratado. Se merecía algo mejor que el interés voluble y el cortejo de un hombre que no había tenido el valor de ir en contra de la percepción de la sociedad.

Quería un hombre que la animara y la hiciera sentirse merecedora de mucho más.

No podía soportar la idea de no volver a ver al marqués sin decirle lo que sentía.

«Por favor, milord», le pidió en voz baja. «Sólo una palabra». Entonces se le ocurrió una idea terrible y una sensación de malestar se retorció en su estómago. «A menos que no estés solo», murmuró con las mejillas encendidas mientras miraba hacia las sombras que rodeaban su cama.

El sonido que hizo fue áspero. «Estoy sólo».

Haylie volvió a mirarle a los ojos aliviada. No quería pensar en lo que sentía al imaginarse a una mujer esperando en su cama. «Por favor.»

Hizo una pausa. Su cuerpo tenso. «Entra antes de que alguien te vea. Pero que sea rápido».

Ella dio dos pasos dentro de su oscura habitación y él cerró rápidamente la puerta tras ella, sellándolos juntos en su guarida con un clic de pestillo casi silencioso. Luego se alejó, caminando enfadado hacia la chimenea.

Haylie respiró hondo. De repente, el vestido de noche y el corsé que llevaba debajo le apretaban demasiado. No podía apartarse de la puerta, con los pies paralizados por el peso de lo que sentía. Si se acercaba a él, temía que todo se le viniera encima, y no quería que así fuera.

«¿Por qué te fuiste de la fiesta tan pronto?», preguntó finalmente.

Él miró por encima del hombro, con expresión amenazadora a la luz del fuego. «No tenía motivos para quedarme».

Cuando ella no pronunció más palabras durante un momento, él se volvió hacia ella. Con el fuego a sus espaldas, su rostro se ensombreció. «¿Qué tal tu paseo por el salón con tu Westcott?».

El tono de su voz le hizo estremecer el vientre. ¿Serían celos lo que detectaba? «Encantador», respondió ella. «Me ha pedido que le llame cuando volvamos a Londres. Pero...»

Caminó hacia ella. Lentamente. Su pura virilidad masculina hizo que a Haylie se le hiciera la boca agua, mientras que la naturaleza depredadora de sus movimientos encendía en ella una extraña emoción que la dejaba sin aliento.

«¿Qué pasa, cariño?», preguntó. «¿Westcott no es el dechado de perfección que creías que era?».

Haylie permaneció inmóvil mientras él se detenía frente a ella. Empezaba a ver su burla como lo que era: una forma de mantener a la gente a distancia. No funcionaba con ella.

«Parece que tenías razón al advertirme», susurró. «Después de todo, me has arruinado».

Él frunció el ceño y su cuerpo se tensó; los músculos de sus brazos y su torso resaltaban con gran definición. «¿Qué quieres decir? ¿Hizo Westcott algo inapropiado?». La ferocidad de su tono sugería que, de ser así, daría caza al lord en persona.

Ella negó rápidamente con la cabeza; la pesada añoranza que sentía en el vientre le subió por el pecho, formándole un nudo en la garganta. «No. Nada de eso. Es sólo que... todo el tiempo que estuve con él no dejé de desear estar contigo».

Todo quedó en silencio, excepto el feroz latido de su corazón. Después de lo que le pareció una eternidad, finalmente habló con voz áspera. «¿Por qué has venido aquí?»

Sin aliento, no pudo responder. La verdad era demasiado fuerte para reconocerla.

Él se acercó un paso más y sus hombros taparon por completo la luz de la hoguera. Su aroma, almizclado y rico, la envolvió. Su calor le hizo sentir un hormigueo en la piel y el deseo

de sentir su mano, su cuerpo. Sus labios.

«No hay nada que una chica tan buena como tú pueda desear de un hombre como yo», murmuró él con fuerza. «No durante el día y mucho menos en una noche como ésta.

Inclinando la cabeza hacia atrás para mirarle con audacia, hizo acopio de su nueva confianza y replicó: «Quizá no sea tan buena chica después de todo».

Apoyando la mano en la puerta, se inclinó hacia ella y su oscuro rostro quedó a escasos centímetros del de ella. Su mirada, ardiente e intensa, recorrió sus rasgos, se detuvo un instante en sus labios ligeramente separados antes de recorrer su garganta hasta llegar a la parte superior de sus pechos. «¿Ah, sí?»

Todo en el interior de Haylie se tensó ante el hambre que percibía en él. El calor inundó su sangre y se acumuló entre sus piernas.

Con un ligero toque, posó la mano en la curva del hombro de ella. Su pulgar rozó suavemente la cresta de su clavícula, provocando un delicioso escalofrío en su piel expuesta. Luego deslizó lentamente la mano por la columna de su garganta hasta que la barbilla de ella descansó en el hueco de su mano entre el pulgar y el índice. La yema del dedo se posó sobre el pulso de la oreja, mientras el pulgar acariciaba suavemente el borde de la mandíbula.

Sólo entonces levantó de nuevo los ojos para mirarla. Su expresión era dura, pero sus ojos eran ardientes. Tan oscuros, profundos y concentrados en ella.

Haylie jadeó. Fue un sonido suave que intentó contener, no quería que él pensara que estaba asustada.

Lo estaba. Pero no de la forma que él pensaba.

El miedo era algo encantador. Un momento de intensa expectación que precedía a algo nuevo y emocionante, cuando aún no sabías qué esperar aunque lo deseabas con todo tu ser.

Con una ligera presión de sus dedos, le giró la cabeza hacia un lado.

«¿Quieres ser perversa?», le preguntó en un áspero murmullo.

Todo lo que ella pudo hacer fue asentir con la cabeza.

«Eso ya lo veremos».

Haylie estaba completamente a su merced. Al ir a su habitación esta noche, en el fondo sabía lo que quería.

Esto. Este momento de rendición mientras se ponía en sus manos y bajo su dirección.

Lentamente -tan lentamente que no estaba claro si su intención era darle tiempo para que se apartara o si quería que ella sintiera cada pizca de la creciente expectación en su vientre- bajó la cabeza para presionar sus labios contra la piel de ella.

El primer contacto fue una sacudida para ella. El calor y la suavidad de su boca en la curva que unía su cuello con su hombro fueron más intensos de lo que esperaba. Volvió a apoyar la cabeza contra la puerta y cerró los ojos.

Esto.

Nada más importaba que ese momento con ese hombre. De algún modo, él le hacía sentir que era más de lo que los demás veían, más de lo que ella misma creía ser. Quería serlo todo para él.

Lo quería todo de él.

Pareciendo saber lo que su cuerpo anhelaba incluso antes que ella, el marqués se acercó más. Sus caderas presionaron su vientre y su pecho rozó sus sensibles pechos. La mano que había estado apoyando en la pared se aferró firmemente a su cintura, mientras con la otra le acariciaba un lado de la cabeza.

Deslizó los labios por el costado de su garganta y un cosquilleo le recorrió la piel. Llegó a

un punto delicado debajo de su oreja y se burló de ella con ardientes lamidas que hicieron que a Haylie le flaquearan las rodillas y que su vientre estallara en agitadas sensaciones.

Levantó las manos de donde las había dejado, y las apretó contra las costillas de él. La sensación de su piel caliente, el músculo que había debajo y el movimiento constante de su respiración agitada despertaron algo maravilloso en su interior. Quería sentir más de él.

Deslizó las palmas hasta su espalda y exploró la superficie lisa y dura con dedos curiosos.

El cuerpo de él se tensó bajo su contacto y un gruñido salió de su garganta. Con la punta de la barbilla, le mordió suavemente el lóbulo de la oreja antes de murmurarle ásperamente al oído. «No tienes ni idea de lo perverso que puedo llegar a ser».

«No tengo miedo», jadeó Haylie. Cuando iba a girar la cabeza hacia él, él la detuvo, enroscándole los dedos en el pelo para mantenerla alejada de él.

«Deberías».

La mano con la que le había rodeado la cintura subió hasta acariciarle la curva del pecho. Le dio un firme apretón en la firme carne antes de enroscar los dedos alrededor del borde superior del corpiño. Con un lento tirón, le bajó el escote por el hombro y lo fue bajando hasta que apenas se enganchó en el pico del pezón, amenazando con exponerla a su mirada.

Haylie respiró hondo.

Esperando.

Deseando.

Apretando los ojos, podía sentir el calor de su aliento bañando la parte superior de sus pechos y se preguntó qué sentiría al sentir ese calor acariciando su pezón endurecido. Y en cuanto lo pensó, ya no pudo imaginar otra cosa.

Un suave sonido de anhelo quedó atrapado en su garganta.

«Me lo pones demasiado difícil», gruñó antes de bajarle el corpiño el último centímetro para dejarle el pecho libre. Su boca se cerró inmediatamente sobre el pico dolorido, envolviéndolo en un calor húmedo mientras su lengua se arremolinaba decadentemente sobre el pezón lleno de piedrecitas.

Haylie gimió. Su cuerpo se impregnó de las sensaciones más maravillosas. Se estaba derritiendo. Le dolía. Estaba desesperada.

Él atrajo su carne hacia su boca. La besó y la acarició con la lengua. Parecía tan hambriento de ella como ella de él. Y entonces la soltó, levantando bruscamente la cabeza mientras la soltaba del pelo, permitiéndole mirarle. Su mirada era atormentada. «¿Qué quieres de mí?»

Haylie se lamió los labios secos y trató de calmar la aceleración de su corazón. Sus pensamientos eran un caos. «No lo sé.

Con un gruñido que retumbó en su interior, él le agarró las faldas en un puño y se las subió hasta la cintura. Un segundo después, su mano estaba allí, caliente y firme, rodeando el interior de la parte superior de su muslo, a centímetros de donde su cuerpo se había vuelto resbaladizo e inflamado de deseo.

Jadeó y contuvo la respiración. Su espina dorsal se endureció contra la puerta y sus ojos se abrieron de par en par al contemplar su atractivo rostro, cargado de ira prohibitiva y tortuoso deseo.

«¿Quieres esto?», le preguntó, con voz cruel y dura, mientras sus dedos le apretaban el muslo con más firmeza. «¿Quieres que te abra las piernas aquí mismo y te haga mía?»

Haylie se quedó atónita por la rabia en su tono, pero más atónita se quedó por el hecho de que sus palabras no la asustaron. La emocionaron y la iluminaron.

Porque eso era exactamente lo que deseaba.

Quería que le hiciera el amor. Quería abrazarlo, acercarlo y saborear sus labios.

Pero no con ira. No con rabia y desconfianza luchando en su mirada.

La mano de él sobre su piel desnuda se suavizó por un momento cuando ella no respondió. Las yemas de sus dedos la acariciaron ligeramente mientras bajaba la cabeza hacia ella. La recorrió un escalofrío y su vientre se retorció con un delicioso anhelo.

Entonces él retrocedió un paso. Su cuerpo se puso rígido.

Sus faldas cayeron sobre sus piernas en un súbito silbido y sus manos, que habían estado pegadas a su espalda, cayeron a sus costados.

Haylie aspiró, deseando poder expresar lo que sentía, lo que realmente quería. Pero él habló primero.

«Lárgate». Las dos palabras eran frías. «Enderézate y lárgate de mi habitación».

Haylie lo miró fijamente, sin comprender al principio.

Su mirada ardiente pasó por su rostro y luego se posó en su pecho expuesto antes de hacer una mueca de dolor. «Fuera. Fuera», repitió con tono amenazador.

Ella respiró hondo para contener la pesada emoción que le subía por el pecho, le oprimía el corazón y le abrasaba los ojos. Luego levantó una mano temblorosa para volver a colocarse el corpiño en su sitio antes de girarse para abrir la puerta.

Podía sentirlo detrás de ella, intenso y concentrado en ella, pero sin decir otra palabra mientras se deslizaba por el silencioso y vacío vestíbulo. Cuando la puerta volvió a cerrarse entre ellos, un sollozo apretado escapó de su garganta.

Haylie se llevó el puño a los labios y huyó.

Capítulo Ocho

Roman se encontraba en el salón de baile de Londres preguntándose qué demonios hacía allí.

Tras la boda de Allerton, Melbourne y Vittori se habían lanzado de cabeza a una semana de puro desenfreno, como si ambos quisieran demostrar lo alejadas que estaban sus vidas de la de su camarada perdido.

Roman les había seguido la corriente en su mayor parte, desesperado por distraerse. Pero no funcionó. Porque cada noche, después de que sus amigos encontraran el camino hacia el estupor de la embriaguez o la cama de una nueva amante, Roman se iba a casa solo a sentarse en la oscuridad.

Sus pensamientos siempre se centraban en lo único que deseaba olvidar: la asombrosa revelación de lo que sentía al tener a Haylie Dellacourt entre sus brazos, bajo sus manos y contra su lengua.

No podía quitárselo de la cabeza. Cada detalle le obsesionaba. Los ruiditos que ella emitía, los suspiros entrecortados, la turgente madurez de su pezón rodando contra su lengua, sus ojos abiertos, deseosos y confiados, y la cremosa suavidad de la cara interna de su muslo.

Nunca podría volver a probarla. Nunca volvería a tocar su piel desnuda.

La destruiría.

Lo peor era que una parte de él lo deseaba. Si la arruinaba para todos los demás, entonces sólo le pertenecería a él.

Era un deseo egoísta y la razón por la que su única opción había sido ahuyentarla.

Esa noche no estaba resultando mejor que las otras para alejar a Roman de sus oscuras cavilaciones. Dudaba que aguantara mucho más de una hora antes de retirarse a la solemne atmósfera de su casa.

«Granville», dijo el duque de Melbourne con una sonrisa ladeada mientras se asomaba entre la multitud de invitados por encima del hombro de Roman, “creo que tu pequeño reyezuelo de Northamptonshire te ha seguido hasta Londres”.

A Roman se le hizo un nudo en el estómago y la sangre se le agolpó en la ingle. El duque sólo podía referirse a una persona.

Haylie estaba aquí.

«Sigo sin entender por qué te mezclaste con la pequeña inocente en primer lugar», dijo Vittori. «Un poco peligroso, incluso para ti, Granville».

El tono cáustico del conde y la repentina tensión que le invadió hicieron que Roman negara con la cabeza. «Los inocentes no merecen el esfuerzo. Aún no he encontrado una excepción».

Un movimiento en el rabillo del ojo le hizo desviar la mirada a tiempo para captar la expresión de Haylie en el preciso instante en que sus palabras calaban hondo. No importaba que ella no estuviera destinada a oírlo, la puya fue un golpe directo.

El dolor y la vergüenza inundaron su mirada y un rubor coloreó sus suaves mejillas. Lanzó una mirada furtiva hacia los dos compañeros de Roman, que habían enmudecido intensamente, antes de volver a centrarse en Roman. Antes de que a éste se le ocurriera nada que decir, ella levantó la barbilla y se volvió hacia Vittori con un destello de fuego en los ojos.

«Conde Vittori», dijo, con voz clara y fuerte. «Creo que tenemos este baile».

Vittori levantó las cejas, luego envió una mirada sumamente divertida hacia Roman antes de dar un paso adelante con una reverencia galante. «En efecto, lo tenemos, madam. ¿Vamos?»

Roman observó con una furia creciente cómo ella tomaba el brazo de Vittori y le permitía que la condujera al salón.

Ella conocía la reputación de Roman antes de solicitar su ayuda en Northamptonshire, por lo que debía suponer que también sabía que la reputación de Vittori en cuanto a libertinaje indiscriminado era insuperable. Lo que significaba que se había preparado intencionadamente para una ruina rápida y total. Mientras que un baile con Roman sólo había conllevado la amenaza del escándalo, un baile con Vittori lo aseguraba.

El duque se puso a su lado para observar sorprendido: «¿De verdad vas a permitir...?».

«No. No lo voy a permitir». Roman cortó a su amigo y avanzó rápidamente tras la pareja. Su procesión hacia la pista de baile ya estaba atrayendo la atención de la gente, que los miraba asombrada y los murmullos empezaban a fluir con una eficacia despiadada.

Roman los alcanzó justo cuando tomaban posiciones para el baile campestre que ya había comenzado. «Aléjate, Vittori».

El conde dio inmediatamente un paso atrás y levantó las manos en señal de rendición. «Como resulta que me gusta tener la nariz donde está, no opondré resistencia». Luego sonrió a su astuta manera. «Pero puede que debas hacerlo».

Roman se volvió para mirar a Haylie, pero ya no estaba. Alcanzó a ver el vestido color melocotón que llevaba mientras se abría paso entre la multitud en dirección a las puertas abiertas de la terraza. La risa de Vittori le siguió mientras se abría paso entre los invitados en su persecución. Aun así, consiguió salir del salón antes de que él la alcanzara.

La encontró en el extremo de la terraza, lejos de las luces y el ruido que salía de las puertas abiertas. Estaba sola.

Siempre estaba sola.

Cuando había huido de sus torturadores para esconderse en el estudio, cuando esperaba en vano una pareja de baile, en las ruinas, y esa noche, cuando se había acercado valientemente a él y a sus amigos en el salón de baile.

Sola, pero tan valiente.

Admiraba su valor incluso cuando maldecía las circunstancias que lo habían formado.

Cuando él se acercó, ella debió de oír sus pasos en la terraza de piedra, porque le miró por encima del hombro. Su cuerpo se puso rígido y sacudió la cabeza antes de darle la espalda. «Déjame en paz», le dijo, con voz firme en la oscuridad. «¿No me has humillado suficientemente ya?».

Siempre había parecido envolverse en un manto de optimismo esperanzador. Pero ahora esa luz estaba sofocada por la amargura.

La ira le quemaba las entrañas. Necesitaba ver la maravilla brillante en sus ojos y el sol en su sonrisa. La confianza y la determinación. Su inocente optimismo y su vibrante pasión... las cosas que la hacían tan maravillosamente ella.

Roman se puso detrás de ella y levantó la mano para tocarle el hombro antes de detenerse. «Eso es lo último que querría», admitió bruscamente.

«Oh, ¿es por eso que le dijiste a tus amigos que no valía la pena el esfuerzo?» Le dirigió una mirada sombría por encima del hombro. «¿Y a qué esfuerzo te referías? ¿No merezco el esfuerzo de la amabilidad? ¿De la decencia común?», preguntó en tono áspero. «A pesar de todo su desdén por los nobles, milord, yo diría que usted es igual que ellos».

Todo en su interior quería rechazar la idea, pero no podía refutarla.

¿No era eso exactamente lo que siempre había odiado de sí mismo? ¿Que era igual que sus padres? Egoísta, desleal, libertino.

Ese pensamiento nunca le había dolido tanto como viniendo de ella. Él no quería que ella lo viera de esa manera, sin importar cuán cierto pudiera ser.

«¿Qué quieres que haga?», preguntó. La ira en su tono era más contra sí mismo que otra cosa.

Ella no respondió. Tampoco se volteó.

Y entonces se dio cuenta de que le temblaban los hombros y de que se rodeaba la cintura con los brazos, como si tratara de contenerse mientras sollozaba en silencio.

La impotencia cayó como un peso de plomo en sus entrañas. «No... no hagas eso», dijo, su tono ronco en su repentina torpeza.

«No puedo evitarlo», replicó enfadada. «Cuando estoy frustrada lloro».

«Joder». Roman se acercó a ella y le puso las manos en los hombros, girándola suavemente. Luego la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia su pecho.

Ella se derritió contra él. Toda resistencia se desvaneció mientras escondía la cara bajo su barbilla y lloraba en silencio entre sus brazos. Había tantas emociones en su interior. Tristeza, rabia, frustración y dolor. Deseó no haber tenido nada que ver con ello.

Al cabo de unos minutos, su cuerpo empezó a relajarse lentamente y su respiración se hizo más pausada. El cuerpo de Roman reaccionó al sentirla apretada contra él de un modo que iba mucho más allá de la compasión o la culpa. El deseo se agitó en su sangre y alimentó el fuego de la necesidad en su interior que se negaba a apagarse. Pero la necesidad estaba atenuada por la ternura y un reconocimiento que se deslizaba desde los bordes de su conciencia.

No quería dejarla marchar.

Respirando hondo, cambió de posición y le subió las manos por la espalda, luego las rodeó para acariciarle las mejillas y acercarle la cara a la suya. Tenía los ojos cerrados y las pestañas brillantes de lágrimas. Roman la miró un momento, esperando a que abriera los ojos. Y cuando por fin lo hizo, su mirada pálida y brillante apuntó directamente a su alma. «Lo que dije en el salón de baile -comenzó bruscamente- no es cierto. Soy yo en realidad el único que no vale la pena».

Sus ojos brillaron con la luz que él había temido que desapareciera. «Para mí sí», respondió ella.

Aquella última noche en Northamptonshire, había evitado intencionadamente besar sus labios, sabiendo instintivamente lo devastador que sería saborear su inocencia.

Pero nada podía impedirle hacerlo ahora.

Sosteniendo su mirada, bajo la cabeza y presiono su boca contra la de ella.

Sus labios eran más suaves de lo que había imaginado. Más suaves, cálidos y jodidamente dulces. No pudo evitar el sonido de placer que salió de su garganta, ni pudo evitar inclinar la cabeza para tomar sus labios con más plenitud.

Sus ojos volvieron a cerrarse y gimió, apretándose contra él. Sus dedos se aferraron a las solapas de su abrigo y sus senos se aplastaron contra su pecho mientras su vientre acunaba su virilidad cada vez más dura.

Dios, cómo deseaba hundirse en ella. Rodearse de su calor y su belleza.

«Abre la boca, Haylie», murmuró contra sus labios.

Ella hizo inmediatamente lo que le pedía, separando los labios para inspirar rápidamente. Él deslizó la lengua entre los dientes de Haylie para descubrir sus secretos. Dulce miel y el sol más cálido.

Ella respondió maravillosamente, ofreciéndose a su exigente paladar. Aprendiendo de él hasta que su lengua se enredó urgentemente con la de él, su boca se separó de él mientras su aliento se abanicaba caliente sobre sus labios.

Su hambre era tan inmensa como la de él.

Roman retrocedió. La cabeza le retumbaba por el torrente de sangre; su polla se agitaba por la intensa necesidad. Tenía la cara enrojecida y los labios hinchados. Rozando con los pulgares los finos arcos de sus cejas, murmuró: «Nos verán».

Su mirada inquebrantable se cruzó con la de él. «¿Podemos ir a otro sitio?»

Hizo rodar el labio inferior entre los dientes mientras negaba con la cabeza. «Vittori tenía razón», dijo bruscamente. «Eres peligrosa».

«Tal vez sólo sé lo que quiero».

«¿Qué quieres?»

«A ti», respondió ella de inmediato.

«Sé que me deseas. Tu deseo llena el aire. Puedo saborearlo. ¿Pero entiendes lo que significa?»

«Quiero que...»

Le echó la cabeza hacia atrás y le dio un beso silencioso en la curva de la mandíbula. «¿Qué?»

Ella respiró entrecortadamente y volvió a soltar el aire. «Quiero que me lleves a un sitio donde podamos estar solos».

Deslizó los labios hasta la curva exterior de su oreja. La lujuria engrosó su voz al responder. «Si lo hago, no podré evitar devorar hasta la última gota de tu inocencia».

Ella se estremeció y un suave gemido se agolpó en su garganta. Girando la cabeza, le susurró cálidamente al oído. «¿Lo prometes?»

Él levantó la cabeza para mirarla fijamente, esperando a que se diera cuenta de hasta qué punto había llegado, mientras su cuerpo clamaba con la necesidad de hacer lo que ella le pedía. Pero no era miedo lo que veía en sus ojos, ni duda, ni ignorancia. Era deseo. Completo y dolorosamente dulce.

La noble resolución de Roman se hizo polvo.

Tomando su mano entre las suyas, miró una vez por encima del hombro hacia el salón de baile. Al no ver a nadie, la condujo por las escaleras de la terraza hasta el jardín.

Capítulo Nueve

Haylie casi tuvo que correr para seguir el paso del marqués, pero no le importó. Sus pies tenían alas. Le habría seguido a cualquier parte.

El jardín era oscuro y misterioso. Sin embargo, los pasos de Granville eran seguros mientras avanzaba por un estrecho sendero que se alejaba de la casa. En el rincón más alejado del jardín, junto al muro que separaba los terrenos de la mansión de los callejones, apareció un pequeño cobertizo de piedra.

La sencilla puerta de madera del cobertizo se abrió con facilidad, oscilando sobre silenciosas bisagras. Al entrar, el marqués atrajo a Haylie tras él. Luego cerró la puerta y echó el cerrojo, sumiéndolos en la oscuridad.

Le soltó la mano y se alejó. «Debería haber velas en alguna parte».

Unos instantes después, se encendió una cerilla y la habitación quedó débilmente iluminada por una única vela parpadeante. Haylie se quedó boquiabierta.

El pequeño edificio de piedra estaba destinado a servir de cobertizo para el jardinero. Pero ahora no se trataba de eso en absoluto.

El estrecho espacio se había convertido en una especie de tocador. Sobre las paredes de piedra en bruto colgaban telas de terciopelo y el suelo de madera estaba cubierto por alfombras de felpa. Había espacio para una mesa elegantemente tallada con dos sillas y un diván lujosamente tapizado.

«¿Qué es este lugar?», susurró.

«Lady Holstead se reúne aquí con sus amantes».

«¿Qué?» Haylie se sorprendió. Nunca hubiera imaginado que su elegante anfitriona se comportara de esa manera.

«Su marido es muy consciente de su... apetito por los hombres más jóvenes», explicó el marqués, «pero prefiere que no lleve a sus amantes a la casa. Esto permite que sus amantes entren y salgan discretamente por los callejones».

Haylie se volvió para mirarle, con un extraño peso en el vientre. «¿Cómo sabías que estaba aquí?».

Su expresión se tensó. «Vittori disfrutó de unas noches con la dama y mencionó el acuerdo. Pero podría haber sido yo». Bajó la barbilla para mirarla fijamente a través de la luz inestable. «Entiendes el mundo del que vengo. El mundo al que pertenezco».

Intentaba advertirla de nuevo. La resistencia ardió en su pecho. «No me importa con quién hayas estado antes. No puedo reclamar tu pasado, mi señor. Pero sí quiero esta noche».

Era mentira. En su corazón, ella ya reconocía que quería que fuese para siempre. Pero para siempre no era una expresión para hombres como él. La decepción de esa verdad amenazaba con abrumar la emoción de estar allí con él, así que la ahuyentó.

Se acercó a él y apoyó las palmas de las manos en su pecho, sintiendo el latido de su corazón y la rapidez de su respiración. Le sostuvo la mirada con valentía mientras deslizaba las manos por debajo de los bordes de su abrigo para quitárselo de los hombros. «Di que no me lo negarás».

«Parece que no puedo negarte nada», replicó él con brusquedad. Se encogió de hombros, se quitó el abrigo y lo tiró a un lado. Le siguió el corbatón y luego el chaleco. Juntos, aflojaron los lazos de la camisa, que también se desprendió de golpe, dejando el torso desnudo para que

ella lo tocara.

Y ella lo tocó.

Con una fascinación y un hambre creciente que probablemente deberían haberla escandalizado, lo tocó. Alisó con las palmas las intrigantes ondulaciones de músculos y tendones. Le frotó los pezones masculinos con las palmas y sonrió cuando a él se le cortó la respiración. Inspirada, se inclinó hacia delante para pasar la lengua por una de las puntas.

El gruñido que retumbó en su pecho fue inmensamente satisfactorio. Al igual que la fuerza de sus manos cuando la tomó por la cintura y los giró hacia el diván. Tomó asiento y la sujetó entre sus rodillas abiertas.

Sus ojos eran ardientes cuando la miró. Ardientes, profundos y necesitados. Y tan concentrados en el momento, en ella y en aquel momento.

La hizo débil. La hizo fuerte. Le hizo sentir que el mundo, con todas sus emociones y placeres, era suyo. Haylie le agarró los hombros y sus dedos amasaron los firmes músculos.

Sus labios se separaron en un suspiro rápido mientras él rodeaba sus caderas para tocar la plenitud de su trasero con ambas manos mientras la acercaba entre sus muslos. Otro sonido de satisfacción salió de su garganta, haciendo temblar las piernas de Haylie.

Rápidamente se dispuso a soltar los botones de la parte trasera del vestido. En cuanto le aflojó el corpiño, tiró del borde superior de la bata para bajársela por los brazos, llevándose la camisa con ella y exponiendo sus pechos a su ávida mirada.

Y estaba ansioso. Apoyó las palmas de las manos en la espalda de ella y se inclinó hacia delante para llevarse a la boca la cresta de un pecho. Succionó profunda y fuertemente, tirando de su suave carne mientras ella se apoyaba en sus hombros. Su boca pecaminosa despertó sensaciones que recorrieron todo su cuerpo, apretándole el vientre. Cada delicioso lametón y cada suave roce de sus dientes provocaban nuevos placeres. Y pronto su sangre palpitó con rapidez por sus venas, pero más intensamente entre sus piernas, donde se volvió resbaladiza de deseo.

«Mi señor», jadeó mientras la cabeza le rodaba sobre los hombros y le temblaban las piernas.

«Roman», murmuró él contra su piel. «Dime Roman».

«Por favor, Roman», suplicó ella, y él respondió bajándole la bata por las caderas hasta que cayó al suelo. Le siguieron las bragas y se quedó sólo con las medias, la camisa y el corsé. Los cordones del corsé fueron los que más tardaron, pero él la distrajo haciéndole el amor en los pechos con su exquisita boca.

Haylie deslizó sus dedos entre las gruesas ondas de su oscuro cabello, estrechándolo contra ella mientras se sumía en un placer indescriptible. En el momento en que se liberó de la rigidez de sus medias, él tiró a un lado la ofensiva prenda y le rodeó la cintura con los brazos. Recostado contra el extremo inclinado del diván, tiró de ella hasta que se arrodilló sobre él, a horcajadas sobre sus caderas.

Apoyó las manos en su sólido pecho y lo miró. Su postura era tan pecaminosamente sensual. Magistral. Un príncipe oscuro de deseo prohibido y secretos carnales.

Ella quería desvelarlos todos.

Llevó las manos a sus muslos pálidos. Su tacto era fuerte y seguro mientras deslizaba el dobladillo de su camisa cada vez más arriba. Luego deslizó las manos por debajo para agarrarle las nalgas desnudas. Sus dedos amasaron la suave carne mientras su mirada se oscurecía hasta convertirse en un ardor embriagador.

«Eres condenadamente preciosa, Haylie», le dijo. «No tienes ni idea de lo que me haces».

Sintiéndose atrevida, cambió de posición hasta sentir la longitud de su erección contra su dolorido núcleo. Sus ojos se cerraron ante la maravillosa sensación y sintió un delicado e involuntario escalofrío.

Mirándole de nuevo, respondió: «Tengo una idea».

Su sonrisa era una decadente promesa de placeres incalculables. «¿Todavía quiere ser perversa, señorita Dellacourt?».

Haylie bajó su cuerpo hacia el de él. Llevando sus labios a una bocanada, ella respondió honestamente. «Desde el momento en que te conocí. Dime que me enseñarás».

Con un gemido, guió sus caderas a un ritmo ondulante contra él. «Algo me dice que vas a aprender rápido», dijo antes de deslizar la mano por su pelo y sujetarle la cabeza mientras la besaba profundamente.

La destreza de su boca se apoderó de su atención hasta tal punto que se sorprendió cuando se dio cuenta de que ya no había entre ellos la tela de sus calzoncillos. El calor suave y satinado de su erección deslizándose por los resbaladizos pliegues de su sexo casi le impidió respirar. Lo único que podía hacer era aferrarse a él mientras la atormentaba con largas caricias que se inclinaban perfectamente sobre el apretado manojito de nervios en el vértice de sus pliegues virginales.

Pero ni siquiera aquella exquisita caricia fue suficiente mientras Haylie luchaba por llenar el doloroso vacío que se expandía en su interior.

«Roman», murmuró entre besos. «Hay más. Puedo sentirlo. Por favor, dámelo. Todo».

Su gemido fue profundo y torturante, confirmando que se había estado conteniendo. Pero al oír sus palabras, pareció liberarse de repente, levantó las caderas de ella y se introdujo entre ellas para tomarse con la mano y colocar la punta en su entrada. «Probablemente ésta no sea la mejor manera de tomar a una virgen», murmuró entre dientes apretados.

«No me importa», jadeó ella. «Te necesito ahora».

En el siguiente suspiro, él la bajó a lo largo de su cuerpo mientras la presionaba hacia arriba.

El calor resbaladizo de su cuerpo facilitó el camino, pero aún así el repentino dolor ardiente y extenso de su posesión fue una sorpresa. Pero él no dejó de poseerla hasta que superó el ardiente dolor y la llenó por completo. Sujetándose con las manos en el estómago tenso de él, intentó recuperar el aliento mientras su cuerpo se acostumbraba a la invasión de su dura carne.

Abrió los ojos y al instante los de Roman se clavaron en los suyos con fuerza y calor. Su mandíbula estaba tensa y las cuerdas de su cuello se tensaban, al igual que todo su cuerpo.

«Dios, Haylie, estás tan caliente... tan apretada a mi alrededor. ¿Puedes sentirlo?», preguntó con voz tensa y profunda. «¿Sientes cómo palpito por el puro placer de estar dentro de ti?».

Sí, y en cuanto se concentró en la sensación, ésta se expandió por su propia carne. Apretó los músculos internos en un intento de contenerlo y él gimió grueso en respuesta, sus manos en las caderas de ella sujetándola con más fuerza. «Hazlo otra vez».

Ella lo hizo, arqueando la espalda para intensificar el contacto. Esta vez, un hormigueo de placer recorrió su cuerpo, haciendo que se le doblaran los dedos de los pies mientras un escalofrío recorría su espina dorsal.

Y entonces él tomó el relevo, elevándola con dolorosa lentitud a lo largo de su cuerpo para volver a bajarla con un exuberante golpe de posesión. La guió dos veces más en una larga retirada y una lenta recuperación hasta que el último de sus dolores virginales desapareció y ella encontró su propio ritmo, un ritmo más rápido y exigente que resultó ser mucho más

satisfactorio.

Para ambos, a juzgar por sus músculos abultados, su piel bañada en sudor y su mirada ardiente.

Mientras se esforzaba por alcanzar el placer que sentía fuera de su alcance, Haylie se maravilló del poder y la belleza que encerraba el hombre que se extendía bajo ella. En una fracción de segundo de claridad, comprendió todo lo que él había intentado decirle, aunque probablemente ni él mismo era consciente de ello.

La había arruinado. Total y completamente.

Nunca podría poner a otro hombre en su lugar. No aquí, entre sus muslos abiertos. Ni en su corazón. Sólo era él. Sólo podía ser él.

Mientras el amor llenaba su pecho, le miró a los ojos. Sin ocultar nada. Dándolo todo.

Él la vio. Y lo supo.

Empezó a sacudir la cabeza, intentó negar su revelación, pero ya era demasiado tarde. Su cuerpo empezó a temblar. Cerró los ojos y se mordió con fuerza el labio inferior mientras pasaba las manos de las caderas a los muslos. Deslizó los pulgares por la cremosa suavidad, cada vez más arriba, hasta llegar al punto donde se unían.

Con la respiración entrecortada y acelerada, hizo círculos con los pulgares -primero uno, luego el otro- sobre el capullo de su sexo. Un ritmo exigente que tiró con fuerza del hilo de control en su interior hasta que una espumosa bobina de placer se desenredó dentro de ella, extendiendo intensas sensaciones hacia el exterior en ondas interminables.

Haylie recobró el sentido justo a tiempo para sentir los dedos de él aferrándose con fuerza a sus muslos y el fuerte pulso de su liberación dentro de ella.

Capítul Diez

No podía respirar.

No podía pensar.

Definitivamente, no podía moverse.

Tumbada sobre el pecho de Roman, con los brazos de él rodeándole la espalda y las caderas, su aliento entrecortado agitando los mechones de pelo de su sien y la virilidad de él ablandándose lentamente en su interior, Haylie se sintió más... amada que nunca antes en toda su vida.

Consiguió agitarse lo suficiente para besar suavemente el pulso de su garganta. Un sonido de placer vibró en su pecho, pero se interrumpió cuando él habló. «Debo llevarte a casa».

«No, no debes», respondió Haylie. «Quedémonos aquí para siempre. Todo irá bien, te lo prometo».

«Dudo que a nuestra anfitriona le guste que nosotros dos nos hayamos apoderado de su pequeño refugio para amantes».

Haylie gimió consternada. «Me olvidé de ella. Me olvidé de todos, para ser honesta».

Los brazos de Roman se tensaron y él se incorporó, llevándola con él a sentarse a horcajadas sobre sus caderas. Su camisa era ahora un desastre arrugado y su pelo estaba aún peor, la mitad enredado en horquillas y la otra mitad cayéndole por la espalda.

Haylie trató de enderezar el desastre de su peinado. «Debo de estar espantosa».

«Estás guapísima», replicó Roman, con voz grave y sincera. «Soy un depravado por volver a desearte tan pronto».

Haylie sonrió y le rodeó el cuello con los brazos. «Entonces yo soy igual de depravada», murmuró antes de acercar su boca a la de él.

El sabor de él era embriagador y rico, haciendo que sus entrañas ansiaran más de él. Y justo cuando empezaba a sentir de nuevo la vida en su interior, él se apartó y la levantó de encima de él mientras se ponía en pie.

Manteniéndola firme hasta que recuperó el equilibrio, volvió a decir: «Debo llevarte a casa. Antes de que nos descubran».

Tratando de no pensar en lo que podría venir después, Haylie asintió. «De acuerdo. Por supuesto».

Roman ayudó a Haylie a abrocharse el corsé y a abrocharse los botones del vestido. En cuanto al pelo, poco podía hacer por él sin un espejo y un cepillo, pero se lo recogió lo mejor que pudo.

Cuando estuvieron listos para salir, Haylie echó un último vistazo a su alrededor. La pequeña habitación parecía como si nunca hubieran estado allí, aunque la experiencia había quedado grabada indeleblemente en su corazón y en su alma.

Roman apagó la vela y una sólida oscuridad cayó a su alrededor. Un momento después, sintió que él le agarraba la mano. Sus dedos se entrelazaron con los de ella y la atrajo a su lado. «Quédate conmigo», susurró. Luego abrió la puerta.

En lugar de volver a la casa, salieron del jardín por el callejón. El carruaje de Roman esperaba en fila con los demás y él la acomodó dentro antes de dirigirse al cochero para darle su dirección.

De pie en la puerta abierta del carruaje, la miró. Haylie no podía interpretar la expresión

feroz que ensombrecía sus facciones, pero algo en el peso de sus cejas y la presión de sus labios la hizo estremecerse de inquietud.

«Haré llegar un mensaje a tu tía abuela avisándole de que no te encontrabas bien y te has ido a casa temprano».

Haylie se inclinó hacia delante. «¿No vienes conmigo?»

Su expresión se endureció. «No puedo.»

Ella quiso tenderle la mano, pero se quedó donde estaba. «Ven conmigo», susurró. «Por favor.»

Él negó con la cabeza. «Te llamaré por la mañana». Luego cerró la puerta y el carruaje se puso en marcha.

Haylie se recostó en el banco acolchado, sintiéndose inexplicablemente malhumorada. La mañana siguiente le parecía una eternidad. Era irracional, pero de pronto temió que nunca llegara.

No, eso no era exactamente cierto.

Mañana llegaría como siempre. Su verdadero temor era que no llegara.

Sabía lo que era desde el principio: un devoto rufián. Un hombre que le había advertido una y otra vez que su relación con él no serviría para nada. ¿La descartaría ahora que se había desnudado ante él, en cuerpo y espíritu?

Era un riesgo del que ella era consciente. Un riesgo que había asumido de buen grado por la oportunidad de experimentar la maravilla y la belleza de ser amada por él, aunque sólo fuera por una noche.

Pero incluso cuando el miedo se apoderaba de ella, Haylie lo negaba.

Algo había ocurrido entre ellos. Ella lo había sentido y juraría por todo lo que amaba que él también lo había sentido.

Sin embargo, no se había prometido nada.

Cuando el carruaje se detuvo, Haylie se dio cuenta de que se había dejado la capa en el baile. Tendría que caminar hasta la puerta, totalmente expuesta en su desaliñado estado.

Si pudiera entrar y subir a su habitación antes de que alguien la viera...

Por suerte, el vestíbulo estaba vacío cuando entró. Después de cerrar la puerta silenciosamente tras ella, corrió hacia las escaleras.

«¿Haylie? Dios mío, ¿eres tú?»

Se detuvo con un pie en el primer escalón y se volvió hacia la voz de su hermano, con el pavor y el pánico luchando por imponerse en su interior. Habían pasado casi cinco años desde la última vez que vio a James, pero era imposible confundir al hombre de la puerta abierta del estudio con cualquier otra persona.

Mientras que Haylie había heredado la redondez de la figura de su madre, James había recibido lo contrario de su padre. Alto y delgado, no tenía ni un gramo de grasa de más. Aún no había cumplido los treinta, pero su cabello había adelgazado drásticamente desde la última vez que ella lo había visto, dejando a la vista una incipiente calva en la coronilla.

«James», exclamó ella.

La expresión de él era de asombro al ver su aspecto. «¿Qué te ha pasado? ¿Dónde está la tía Bethany?»

«No me ha pasado nada. La tía Bethany sigue en el baile. No me encuentro bien y he decidido volver antes a casa».

La expresión de su hermano se tensó mientras cruzaba el pasillo hacia ella. A cada paso, sus ojos se entrecerraban aún más y sus finos labios se apretaban más. «¿Cómo has llegado a

casa? ¿Con quién estabas?»

«Con nadie.»

«Maldita sea. Fue Granville, ¿verdad?», prácticamente gritó, con el rostro cada vez más enrojecido por la ira. «Admítelo.»

Haylie se tensó. «No sé de qué estás hablando».

«¿Crees que no me enteré de los rumores que circulaban sobre ti y el marqués en Northamptonshire?».

«Si hubiera sabido que bastaba con un par de rumores para que vinieras a visitarme, tal vez habría levantado algunos hace años», replicó ella.

Él respiró sorprendido. «¿Qué has hecho, Haylie?»

«Nada.» Ella se volvió con toda la intención de ignorar cualquier otro interrogatorio.

«No te alejes de mí. Me dirás lo que pasó con el marqués y me lo dirás en este instante».

Se volvió hacia su hermano. «No, no lo haré porque no es asunto tuyo. Si de verdad te importaran un comino mis actividades, habrías venido a la ciudad mucho antes. Lo único que te importa es cómo pueden afectarte los rumores sobre mí, ya sean verdaderos o falsos. Lo único que diré es que lo que ocurrió fue por decisión mía y no me arrepiento».

La mirada de su hermano se volvió fría como el hielo. «Puede que ahora no te arrepientas, pero lo harás. Ese hombre es malvado. Un perverso egoísta y depravado».

Roman tenía razón, su hermano lo odiaba. «Él no es ninguna de esas cosas», se defendió ella con firmeza.

«No lo conoces como yo».

«No lo conoces como yo. No es el hombre que crees que es».

«Te engañó para que confiaras en él. Es lo que mejor sabe hacer. Sus intenciones hacia ti nunca serán honorables».

«¿Por qué no?» Haylie exigió saber. «¿No soy digna de los verdaderos sentimientos de un hombre?»

Él no respondió a su pregunta. En su lugar, dijo: «Pronto descubrirás que no puedes confiar en ese hombre».

Haylie se mordió el labio para no seguir discutiendo. Su hermano no lo entendía y odiaba que hubiera conseguido avivar la chispa de la duda en su corazón.

Capítulo Once

El mayordomo hizo un gesto a Roman para que entrara, parecía esperarle. Tras tomar su abrigo y su sombrero, lo condujo a un salón contiguo al vestíbulo y lo dejó allí sin mediar palabra.

Roman se acercó a la ventana y contempló un soleado jardín, repleto de las clásicas flores inglesas. El jardín le recordaba a Haylie. Exuberante, vibrante y encantador a pesar de la falta de atención... o tal vez a causa de ella.

Su cuerpo se tensó de inmediato al desearla sin cesar.

Apenas había dormido la noche anterior. Aunque físicamente estaba saciado, no había podido apartar de su mente los recuerdos de aquellos momentos robados con ella. La experiencia había sido... increíblemente profunda. En algún momento de la noche, se dio cuenta del porqué.

Y entonces no pudo dormir por pensar en eso.

Lo único que podía hacer era mirar el reloj y hacer que las manecillas se movieran más rápido hasta que pudiera volver a verla y asegurarse de que no tendría que volver a pasar una noche así.

Al oír algo detrás de él, se giró con el pecho apretado y el corazón latándole con fuerza.

Pero no era Haylie, de mejillas frescas y sonriente, quien estaba de pie en la puerta.

«James», dijo con la mandíbula apretada.

Su antiguo amigo del colegio entró en la habitación con el mismo desinterés petulante que había tenido cuando eran jóvenes. «Admito que me sorprende que hayas aparecido por aquí esta mañana».

Roman no tenía ni idea de si Haylie había hablado con su hermano sobre él o qué podría haberle dicho.

«Yo tampoco esperaba verte», respondió.

«Claro que no lo esperabas», espetó James. «Seguro que pensabas que podrías salirte con la tuya arruinando la vida de mi hermana sin consecuencias, como en los viejos tiempos, ¿eh?». Su tono estaba lleno de indignación, pero Roman no estaba aquí para discutir viejas rencillas.

«Estoy aquí para hablar con Haylie. ¿Dónde está?»

«No te vas a acercar a mi hermana, Granville. Confié en ti una vez. No voy a cometer el mismo error dos veces».

Roman bajó la barbilla. «Bien. ¿Quieres hablar de Mary? Quizá por fin me dejes explicarme, ya que en aquel entonces te aseguraste de no dejarme decir ni una palabra.»

«¿Qué hay que decir?» se burló James. «Dijiste ser mi amigo y luego te llevaste a mi prometida -la mujer a la que amaba, la mujer con la que planeaba casarme- a tu cama. Ni siquiera trates de negarlo».

«¿Por qué demonios iba a negarlo? Lo hice por ti. ¿Por qué crees que me aseguré de que nos encontraras juntos?».

El rostro de James se iluminó de ira mientras buscaba alguna forma de refutar la afirmación de Roman, pero probablemente estaba recordando que había sido un amigo común de ambos, el duque de Melbourne, quien había llevado a James a la habitación de Roman aquel día.

«¿Tan importante era para ti presenciar mi humillación?». preguntó James.

«Maldita sea, James, sigues tan ciego ahora como entonces. ¿No recuerdas todas las veces que traté de advertirte que te alejaras de ella antes de que te declararas? ¿Todas las veces

que te dije que ella no era digna de ti?»

«Estabas celoso.»

Roman se echó a reír. «Difícilmente. Pero sí sabía cómo era en realidad. Mary sabía muy bien cómo hacerse la inocente y la pura para los caballeros ricos que pudieran ofrecerle una vida más allá de sus humildes orígenes, pero tampoco tenía problemas para acostarse con cualquier otro tipo que se le antojara. Mary nunca fue fiel ni a ti ni a ninguno de los otros hombres a los que engañó».

«Mientes. Ella me quería».

«Puede que sí. No tengo ni idea de eso. Pero nunca habría sido fiel a tus votos matrimoniales. Traté de decírtelo, pero te negaste a escuchar, así que te lo mostré. Si después de eso hubieras seguido queriéndola, no habría dicho ni una palabra más, pero pensé que al menos merecías saber la verdad antes de casarte con ella.»

«Despreciable mentiroso», gruñó James mientras cargaba hacia Roman.

«¡Ya basta!» El grito fue suficiente para detener a James en seco.

Ambos hombres voltearon cuando Haylie entró corriendo por la puerta desde una habitación contigua. Su expresión era pálida y afectada. Estaba claro que había escuchado cada palabra de su discusión.

A Roman se le llenó el estómago de plomo cuando ella se negó a mirar en su dirección.

En su lugar, se centró en su hermano. «¿Estás satisfecho, James?»

Su hermano no respondió. Se limitó a mirar de Haylie a Roman y viceversa. El rojo calor de la furia desapareció de sus rasgos, dejando su expresión plana y carente de emoción. Retrocedió un paso y murmuró: «Haz lo que quieras». Luego abandonó la habitación.

Dejando a Haylie sola una vez más para enfrentarse a Roman sin protección ni apoyo.

Roman quería ir tras su antiguo amigo para darle un puñetazo en la garganta por su descuidado abandono.

Pero Haylie permanecía en silencio y esperando.

Después de las largas y angustiosas horas de separación, por fin la tenía a su alcance una vez más. Pero los sentimientos que lo invadían no eran tan placenteros como esperaba. De hecho, todo había empeorado mucho más de lo que podría haber imaginado.

Ella se volvió para mirarle y su corazón se sintió de repente como una piedra fría en su pecho.

«Has venido», dijo ella en voz baja.

«Dije que vendría», respondió él.

«¿Fue verdad todo eso?», preguntó ella. «¿Lo que le dijiste a mi hermano?»

Roman asintió. Ahora, tal vez ella vería la verdad de quién era él, y finalmente huiría de él como debería haber hecho esa primera noche en el estudio.

Ella apartó la mirada y él sintió la pérdida de su mirada como un escalofrío en la piel. Debería haberlo esperado. Al final, ella habría entrado en razón. La aparición de James no había hecho más que acelerar lo inevitable.

Entonces ella volvió a levantarle la mirada. «Entiendo por qué lo hiciste», dijo en voz baja.

Contemplando su mirada color champán, se dio cuenta, con una nota de asombro, de que ella realmente lo entendía. Sin exigir más explicaciones ni justificaciones, ella lo aceptaba y lo comprendía.

Era tan indigno de ella.

Con una mirada a un lado, le preguntó: «¿Quieres pasear por el jardín conmigo?».

La esperanza se desplegó en su pecho. Era una sensación aterradora, hermosa e incómoda. «Por supuesto.»

Pasó junto a él y caminó hasta la ventana abatible. Tras echar el pestillo, la abrió de par en par y salió a la jungla de setos crecidos y flores que caían sobre el camino de grava. Cuando estuvieron a cierta distancia de la casa, se detuvo bajo las ramas de un manzano.

«Siento mucho lo de James», dijo tímidamente mientras se volvía hacia él. «No supe que estaba en la ciudad hasta que llegué a casa anoche. Insistió en hablar contigo primero».

«No te disculpes. Tiene todo el derecho a estar aquí. Es su deber protegerte».

Su mirada se encontró con la de él con firme certeza. «Creo que ahora sabe que fue un esfuerzo inútil».

Su sonrisa era hermosa y tierna, cogiendo a Roman completamente desprevenido. Tiró de las retorcidas y sinuosas cuerdas del arrepentimiento que llevaba dentro, amenazando con deshacerlo por completo.

Inclinando la cabeza, preguntó sin rodeos: «¿Por qué estás aquí?».

Roman la miró fijamente. Había llegado la hora de la verdad. Pero no estaba seguro de estar preparado. «Ya sabes por qué», respondió, con palabras que sonaban secas por su incomodidad.

Ella levantó las cejas y sus ojos parpadearon con un sutil desafío. «¿Estás diciendo que de repente has decidido interpretar el papel de un caballero como Dios manda?».

Roman se tensó. Había en ella un tono de voz que nunca había oído antes. «Haylie, lo que hicimos anoche sólo puede conducir a una cosa».

Ella soltó un suave bufido. «No te lo crees, o ya te habrías casado cien veces. Y francamente, prefiero no tener una oferta de matrimonio si me la hacen por deber y nada más. Por fin me he dado cuenta de que valgo más que eso».

«Lo vales», respondió de buena gana. «Mereces mucho más que yo, pero ésta es la única forma en que puedo cuidarte» -su pecho experimentó una dolorosa opresión y bajó la voz- «para hacerte mía de verdad».

Levantó la mano y se la puso suavemente en la cara. «No necesitas casarte conmigo para eso», susurró. «Me entregaría a ti con mucho gusto. Una y otra vez».

«No. Pretendo casarme contigo, Haylie», insistió él con severidad.

Sus ojos sostuvieron los de él durante un largo instante, y luego preguntó en voz baja: «¿Por qué te asusta tanto?».

Por supuesto, ella detectaría el miedo en él, pero él estaba decidido a ser sincero. «He visto la farsa en que acaba convirtiéndose el matrimonio. Me cuesta creer que la fidelidad y la lealtad sean algo más que fantasías.»

«Bueno, eso va a ser un problema, entonces». Le pasó el pulgar por el borde de la mandíbula. «Porque si acepto tu proposición, no espero nada menos que una fidelidad total y absoluta de tu parte».

Roman apretó la boca contra la palma de su mano. Su voz, cruda, se elevó a través de su garganta apretada. «Si te sirve de algo, la tienes, te lo juro».

Se apretó contra él y le instó a mirarla a los ojos. «Y tú tienes la mía». Suspiró. «Estoy completamente enamorada de ti, sabes».

Roman sintió sus palabras como una oleada de calor, pero rápidamente le siguió la duda. «¿Y si sólo se trata de una ilusión?».

Sus ojos brillaron de emoción. «No lo es. Y pasaré felizmente el resto de mi vida demostrando que lo que siento por ti no tiene nada de falso o pasajero».

Se puso de puntillas, apoyó las manos en los hombros de él y lo besó.

El contacto de sus labios, tan cálidos y ofrecidos libremente, disipó su miedo hasta convertirlo en una sensación persistente en el fondo de su mente. Al primer tanteo de la lengua de ella en su boca, Roman se perdió en las sensaciones que despertaba. No sólo en su cuerpo, que había alcanzado al instante el punto álgido del deseo. Sino en su corazón, donde hizo otro voto silencioso de quererla y protegerla y de no darle nunca ninguna razón para dudar de su decisión de confiarle su amor.

Retirándose del acalorado beso con una risa ahogada, lo miró con ojos brillantes. «¿Y ahora qué?», le preguntó.

Él respondió con un gesto de los labios. «Una boda, supongo».

«Una rápida, ¿no?»

«Claro que sí», gruñó él mientras la rodeaba con sus brazos en un abrazo aplastante y volvía a reclamar su boca.

Epílogo

La boda había sido perfecta: una pequeña reunión de amigos íntimos y familiares para celebrar una rápida ceremonia seguida inmediatamente del desayuno. Después, todo el mundo se fue a casa mientras los novios viajaban hacia el norte, a la finca de Granville en Suffolk, donde planeaban pasar unas semanas en bendita reclusión antes de regresar a Londres.

Haylie y Roman llegaron a la mansión isabelina a altas horas de la noche, tras disfrutar de una buena cena en una posada local. Les habían preparado sus habitaciones y una doncella esperaba para ayudar a Haylie en su baño antes de vestirla con su negligé nupcial y cepillarle el pelo.

Una vez que la criada se escabulló silenciosamente de la habitación, Haylie no tuvo que esperar mucho para que apareciera su marido. De hecho, aún estaba sentada en el banco frente al espejo del tocador cuando la puerta entre sus habitaciones contiguas se abrió silenciosamente. Vio en el reflejo del espejo cómo Roman, terriblemente guapo en pantalones de salón y nada más, cruzaba la habitación iluminada por las velas.

Sus ojos eran oscuros e intensos cuando se detuvo detrás de ella y le pasó el pelo largo hasta la cadera por encima de un hombro hasta dejarlo sobre su regazo. La leve caricia de sus dedos en la parte superior de la espalda le puso la piel de gallina cuando sus nervios despertaron al contacto con su marido.

Sin dejar de mirarla, se inclinó hacia delante para besarle el cuello. Luego otro en la cresta de su hombro y otro en la curva de su brazo antes de volver a acercar su boca a su garganta con un ardiente beso a boca abierta que atrajo la piel de ella contra sus dientes y le provocó escalofríos.

Con un suspiro, ella echó la cabeza hacia atrás y él continuó la tierna embestida. A las sensaciones provocadas por sus labios y su lengua expertos pronto se unieron otras más maravillosas cuando él le cogió todo el peso de los pechos con una mano. El calor de su palma empapó la fina seda de su bata, estimulando su pezón con lentos círculos hasta que ella se retorció en su asiento.

Levantando la cabeza, la miró en el espejo con los ojos entornados. «Tu belleza me asombra. Me aturde saber que me perteneces».

Haylie sonrió. «Igual que tú me perteneces a mí».

Su expresión se volvió seria. «Te amo, Haylie. Debería habértelo dicho mucho antes».

La aspereza de su tono hizo que ella se girara en el banco para mirarle mientras él tomaba asiento a su lado.

«Supe que me querías desde el momento en que llegaste a mi casa aquella mañana», dijo en voz baja.

«Es verdad», dijo él mientras la rodeaba con la mano para agarrar la curva de su cadera y acercarla a su lado. Deslizó la otra mano por su pelo hasta acariciarle la cabeza y le rozó la mejilla con el pulgar. «Nunca pensé que llegaría el día en que abandonaría tan fácilmente mis malas costumbres.»

Haylie le apretó la mano contra el pecho en señal de protesta. «No digas eso. Resulta que me encanta tu maldad».

Roman le echó la cabeza hacia atrás. Su boca se posó sobre la de ella mientras la miraba con deseo. «Hmm. Bueno, ahora son todos tuyos, mi mascota.»

